

SECH

AÑO 1. DICIEMBRE DE 1936 N.º 3.

Edición de la Universidad de Chile

Contenido:

Federico García Lorca.

Poemas de García Lorca.

Pablo Neruda, *Oda a Federico García Lorca.*

Carlos Luis Saénz, *Federico García Lorca.*

Juvencio Valle, *Federico García Lorca.*

Diego Muñoz, *La defensa de los derechos literarios y la Sociedad de Escritores de Chile.*

Alejandro Lipschütz, *Individuo y Naturaleza.*

Enrique Espinoza, *Notas para un ensayo sobre don Roberto Cuninghame Graham.*

Benjamín Subercaseaux, *¿El Autor o la Obra?*

Januario Espinosa, *Germán Luco, el hombre.*

Pro y Contra: Norberto Pinilla, *Apuntes sobre Pablo Neruda.*—**Benjamín Subercaseaux**, *El Pablo Neruda de Arturo Aldunate.*

Jorge Lecomte, *La Sociedad de Gente de Letras.*

Noticias.

Concurso Editorial Ercilla.

REVISTA DE LA
SOCIEDAD DE ES-
CRITORES DE CHILE

Tres timbres de orgullo de la Editorial Ercilla:

1 Ninguna otra editorial ha hecho más que ella por la difusión de la cultura.—Sin descuidar las ediciones elegantes y de lujo, Ercilla ha dado preferencia a los libros baratos, convencida de que la editorial moderna debe llevar la cultura a todas las capas sociales. Algunas de sus ediciones populares son las más económicas que se han hecho jamás en castellano. Ejemplos: *María Antonieta*, de Zweig, \$ 2.00; *El Libro de San Michele*, de Munthe, \$ 2.00; *Diccionario castellano*, \$ 4.00; *Psicopatología de la vida cotidiana*, de Freud, \$ 3.00, etc., etc.

2 Es la verdadera creadora de la literatura sudamericana.—Antes de fundarse Ercilla, la producción americana crecía dispersa y desordenada, y salvo en contadísimas excepciones rebalsaba las fronteras de su país de origen. Ahora Ercilla la ha unificado, la divulga por todo el continente y la presenta ante el mundo como un cuerpo orgánico. Ha editado ya libros de cerca de 100 autores sudamericanos, según puede Ud. comprobarlo consultando el catálogo.

3 Los mejores libros chilenos de los últimos años llevan su sello.—Los principales premios literarios, han correspondido a libros de Ercilla: Premio Roma, para *Imaginería de la Infancia*, de Lautaro García; Premio Municipal, para *On Panta*, de Mariano Latorre y *Espejo de Ensueño*, de Julio Barrenechea; Premio Atenea, para *La viuda del conventillo*, de Alberto Romero; Premio Club Hípico, para *Soy Colorina*, de Marcela Paz, y *Amor, Cara y Cruz*, de Augusto D'Halmir.

EDITORIAL ERCILLA

AGUSTINAS 1639 - CASILLA 2787 - TELEFONO 62288

SANTIAGO DE CHILE

SECH

Diciembre, 1936



Federico García Lorca

FEDERICO GARCIA LORCA

Ante la noticia de la muerte del poeta español Federico García Lorca, la Sociedad de Escritores de Chile no puede permanecer indiferente. Los sucesos revolucionarios de un país teñido en sangre por una lucha cruel e implacable, han producido, entre las numerosas víctimas de la guerra, esta desaparición de uno de los más altos poetas con que cuenta la literatura española de todos los tiempos. En la plenitud de su producción y cuando se esperaban los frutos más prometedores de su sensibilidad extraordinaria y de su talento poético, muere García Lorca y las letras de todo el mundo pierden con él a uno de sus representantes más esclarecidos y puros.

Sobre el horrendo dolor que significa la guerra entre hermanos y todas las calamidades que produce, nosotros vemos ahora, con una particularidad justificada, el significado tristísimo de la muerte de un gran poeta. Pocos son los hombres que pueden merecer este título. Hay naciones que en toda su historia, apenas cuentan con un poeta que las glorifique. Cuando uno del valor de Federico García Lorca muere en circunstancias tan lamentables y trágicas, la sensación de cuantos aman la belleza y la respetan por encima de todo, no puede menos que ser dolorosa y capaz de producir una incontenible impresión de protesta ante un suceso de esa índole.

El autor del *Romancero Gitano*, del *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías*, del *Poema del Cante Jondo*, poeta excelso, debe recibir el homenaje de aquellos que se hallaban cerca de él, por admiración o por sensibilidad. Resucitador de una de las tradiciones más puras de la poesía hispana, García Lorca, al morir, deja truncado un porvenir tan grande como es ahora el sentimiento de saberlo perdido para siempre.

POEMAS DE GARCIA LORCA

Nocturno del Hueco

I

*Para ver que todo se ha ido,
para ver los huecos y los vestidos
¡dame tu guante de luna!
tu otro guante de hierba
¡amor mío!*

**Puede el aire arrancar los caracoles
muertos sobre el pulmón del elefante
y soplar los gusanos ateridos
de las yemas de luz o de las manzanas.**

**Los rostros bogan impasibles
bajo el diminuto griterío de las yerbas
y en el rincón está el pechito de la rana
turbio de corazón y mandolina.**

**En la gran plaza desierta
mugía la bovina cabeza recién cortada
y eran duro cristal definitivo
las formas que buscaban el giro de la sierpe.**

*Para ver que todo se ha ido
dame tu mudo hueco ¡amor mío!
Nostalgia de academia y cielo triste.
¡Para ver que todo se ha ido!*

**Dentro de tí amor mío por tu carne
¡qué silencio de trenes boca arriba!
¡cuánto brazo de momia florecido!
¡qué cielo sin salida amor, qué cielo!**

**Es la piedra en el agua y es la voz en la brisa
bordes de amor que escapan de su tronco sangrante.
Basta tocar el pulso de nuestro amor presente
para que broten flores sobre los otros niños.**

*Para ver que todo se ha ido.
Para ver los huecos de nubes y ríos.
Dame tus manos de laurel amor.
¡Para ver que todo se ha ido!*

**Ruedan los huecos puros, por mí, por tí, en el alba
conservando las huellas de las ramas de sangre
y algún perfil de yeso tranquilo que dibuja
instantáneo dolor de luna apuntillada.**

Mira formas concretas que buscan su vacío.
Perros equivocados y manzanas mordidas.
Mira el ansia, la angustia de un triste mundo fósil
que no encuentra el acento de su primer sollozo.

Cuando busco en la cama los rumores del hilo
has venido, amor mío, a cubrir mi tejado.
El hueco de una hormiga puede llenar el aire
pero tú vas gimiendo sin norte por mis ojos.

No, por mis ojos no, que ahora me enseñas
cuatro ríos ceñidos en tu brazo
en la dura barraca donde la luna prisionera
devora a un marinero delante de los niños.

*Para ver que todo se ha ido
jamor inexpugnable, amor huído!
No, no me des tu hueco
¡que ya va por el aire el mío!
¡Ay de tí, ay de mí, de la brisa!
Para ver que todo se ha ido.*

II

Yo.
Con el hueco blanquísimo de un caballo
crines de ceniza. Plaza pura y doblada.

Yo.
Mi hueco traspasado con las axilas rotas.
Piel seca de uva neutra y amianto de madrugada.

*Toda la luz del mundo cabe dentro de un ojo.
Canta el gallo y su canto dura más que sus alas.*

Yo.
Con el hueco blanquísimo de un caballo.
Rodeado de espectadores que tienen hormigas en las
[palabras.

En el circo del frío sin perfil mutilado.
Por los capiteles rotos de las mejillas desangradas.

Yo.
Mi hueco sin tí, ciudad, sin tus muertos que comen
Ecuestre por mi vida definitivamente anclada.

Yo.

*No hay siglo nuevo ni luz reciente.
Sólo un caballo azul y una madrugada.*

Romance de la Luna, Luna

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira mira.
El niño la está mirando.

En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrida y pura,
sus senos de duro estaño.

Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.

Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.

Huye luna, luna, luna,
que ya siento tus caballos.

Niño, déjame, no pises
mi blandor almidonado.

El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño
tiene los ojos cerrados.

Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.

Cómo canta la zumaya,
¡ay cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño en la mano.

Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
En el aire la vela, vela.
En aire la está velando.

Muerte de Antonio el Camborio

Voces de muerte sonaron
cerca del Guadalquivir.
Voces antiguas que cercan
voz de clavel varonil.
Les clavó sobre las botas
mordiscos de jabalí.

En la lucha daba saltos
jabonados de delfín.
Bañó con sangre enemiga

su corbata carmesí,
pero eran cuatro puñales
y tuvo que sucumbir.

Cuando las estrellas clavan
rejones al agua gris,
cuando los cristales sueñan
verónicas de alhelí,
voces de muerte sonaron
cerca de Guadalquivir.



Oda a Federico García Lorca

POR Pablo Neruda

Si pudiera llorar de miedo en una casa sola,
si pudiera sacarme los ojos y comérmelos,
lo haría por tu voz de naranjo enlutado
y por tu poesía que sale dando gritos.

Porque por tí pintan de azul los hospitales
y crecen las escuelas y los barrios marítimos,
y se pueblan de plumas los ángeles heridos,
y se cubren de escamas los pescados nupciales,
y van volando al cielo los erizos:
por tí las sastrerías con sus negras membranas
se llenan de cucharas y de sangre,
y tragan cintas rotas, y se matan a besos,
y se visten de blanco.

Cuando vuelas vestido de durazno,
cuando ríes con risa de arroz huracanado,
cuando para cantar sacudes las arterias y los dientes,
la garganta y los dedos,
me moriría por lo dulce que eres,
me moriría por los lagos rojos
en donde en medio del otoño vives
con un corcel caído y un dios ensangrentado,
me moriría por los cementerios
que como cenicientos ríos pasan
con agua y tumbas,
de noche, entre campanas ahogadas:
ríos espesos como dormitorios
de soldados enfermos, que de súbito crecen
hacia la muerte en ríos con números de mármol
y coronas podridas, y aceites funerales:
me moriría por verte de noche
mirar pasar las cruces anegadas,
de pie y llorando,
porque ante el río de la muerte lloras
abandonadamente, heridamente,
lloras llorando, con los ojos llenos
de lágrimas, de lágrimas, de lágrimas.

Si pudiera de noche, perdidamente solo,
acumular olvido y sombra y humo
sobre ferrocarriles y vapores,
con un embudo negro,
mordiéndome las cenizas,
lo haría por el árbol en que creces,
por los nidos de aguas doradas que reunes,
y por la enredadera que te cubre los huesos
comunicándote el secreto de la noche.

— 7 —

Ciudades con olor a cebolla mojada
esperan que tu pases cantando roncamente,
y silenciosos barcos de esperma te persiguen,
y golondrinas verdes hacen nido en tu pelo,
y además caracoles y semanas,
mástiles enrollados y cerezas
definitivamente circulan cuando asoman
tu pálida cabeza de quince ojos
y tu boca de sangre sumergida.

Si pudiera llenar de hollín las alcaldías
y, sollozando, derribar relojes,
sería para ver cuándo a tu casa
llega el verano con los labios rotos.
Llegan muchas personas de traje agonizante,
llegan regiones de triste esplendor,
llegan arados muertos y amapolas,
llegan enterradores y jinetes,
llegan planetas y mapas con sangre,
llegan buzos cubiertos de cenizas,
llegan enmascarados arrastrando doncellas
atravesadas por grandes cuchillos,
llegan raíces, venas, hospitales,
manantiales, hormigas,
llega la noche con la cama en donde
muere entre las arañas un húsar solitario,
llega una rosa de odio y alfileres,
llega una embarcación amarillenta,
llega un día de viento con un niño,
llego yo con Oliverio, Norah,
Vicente Aleixandre, Delia,
Maruca, Malva Marina, María Luisa y Larco,
la Rubia, Rafael, Ugarte,
Cotapos, Rafael Alberti,
Carlos, Bebé, Manolo Altolaguirre,
Molinari,
Rosales, Concha Méndez,
y otros que se me olvidan.

Ven a que te corone, joven de la salud
y de la mariposa, joven puro
como un negro relámpago perpetuamente libre,
y conversando entre nosotros,
ahora, cuando no queda nadie entre las rocas,
hablemos sencillamente como eres tú y soy yo:
para qué sirven los versos si no es para el rocío?
Para qué sirven los versos si no es para esa noche
en que un puñal amargo nos averigua, para ese día,
para ese crepúsculo, para ese rincón roto
donde el golpeado corazón del hombre se dispone a morir?

Sobre todo de noche,
de noche hay muchas estrellas,
todas dentro de un río,
como una cinta junto a las ventanas
de las casas llenas de pobres gentes.
Alguien se les ha muerto, tal vez
han perdido sus colocaciones en las oficinas,
en los hospitales, en los ascensores,
en las minas,
sufren los seres tercamente heridos
y hay propósito y llanto en todas partes,
mientras las estrellas corren dentro de un río interminable
hay mucho llanto en las ventanas,
los umbrales están gastados por el llanto,
las alcobas están mojadas por el llanto
que llega en forma de ola a morder las alfombras.

Federico,
tú vez el mundo, las calles,
el vinagre,
las despedidas en las estaciones
cuando el humo levanta sus ruedas decisivas
hacia donde no hay nada sino algunas
separaciones, piedras, vías férreas.
Hay tantas gentes haciendo preguntas
por todas partes.
Hay el ciego sangriento, y el iracundo, y el desanimado,
y el miserable, el árbol de las uñas,
el bandolero con la envidia a cuestras.

Así es la vida, Federico, aquí tienes
las cosas que te puede ofrecer mi amistad
de melancólico varón varonil.
Ya sabes por tí mismo muchas cosas,
y otras irás sabiendo lentamente.



Federico García Lorca

POR Carlos Luis Sáenz

1

Luces verdes de la luna
cortada en las bayonetas;
tú, soñando con las voces
de tus aguas con estrellas,
¡Granada,
era una estampa goyesca!

Gritos, tiros y tumultos,
alborada de cornetas:
reflorece la sangre
de Marianita Pineda!
¡Granada,
era una estampa goyesca!

La rabia de los traidores
como loba de la sierra
se comía tu corazón
de luz y de hierbabuena.
¡Granada,
era una estampa goyesca!

¡Las bocas de los fusiles
contra tu cabeza negra!
¡Y la muerte allá en la luna,
tocando su pandereta!
¡Granada,
era una estampa goyesca!

2

García Lorca, García Lorca,
¡qué fresca tu agua en la
[alberca,
con luna y con olivares,
con amapolas y estrellas!
Federico,
tu guitarra
vaga, sola, por los trigos:
cinta verde, cinta negra,
entre espantos amarillos.
De celestes maravillas
llevabas las manos llenas:
¡toda la gitanería
estilizada en tus poemas!
Casitas de cal y canto,
verdes lunas de las sierras,
torerillos con espadas,
caballeros con espuelas;

silencio de los jardines
y cantos de las veredas!
Federico,
tu guitarra
vaga, sola, por los trigos:
cinta verde, cinta negra,
entre espantos amarillos.
Bajo la sombra rosada
de tu gentil primavera,
los grillos crepusculares
nacían a la luna nueva.
Tu madrugada tenía
chopos y nubes espléndidas
y tu noche de caballos
de azufre, entre las tinieblas,
golpeaba los corazones
con la terrible certeza.
Federico,
tu guitarra
abandonada en los trigos:
racimo negro en la parra,
pájaro negro en el higo
y luto de las cigarras!

3

Cuando vuelva el miliciano,
¡ah, Granada redimida!
te dará por almohada
su bandera enternecida.
Y las niñas andaluzas
con sus pupilas en llanto,
tejerán con brisas verdes
el laurel de tu descanso.
Vendrán de Fuente Vaqueros
los niños y los ancianos;
y tendrás sobre tu piedra
los azahares valencianos.
Y te lavarán la sangre
con nieve de Guadarrama,
capitanas españolas
madres de tu nueva patria.
Cuando vuelva el miliciano,
¡oh, Granada redimida!,
su bandera enternecida
plegará con suave mano
bajo tu hermosa cabeza
de gitano!

Federico García Lorca

POR Juvencio Valle

Ahora te veo violeta abajo, desmontado de tu yegua andaluza, en suspenso ya esa fiebre que en tí era como un vértigo. Pero tu cabalgadura y tu carabina siguen aún galopando por una espesa atmósfera de trópico. Y aquí están las altas llamas de tu campamento levantándose como plumas o como lenguas diferentes. Y todo fuertemente entrelazado por un espíritu medio, todo impregnado de un aire de compostura singular. Acabados y dulces resortes trabajan oscuramente como arañas, construyen ilusionados un ardoroso mundo de poesía paralela: la enagua y el polizón, los gitanos y el cónsul de los ingleses, San Miguel y el obispo de Manila. Y, como una sombra viva, los revuelos de tu caballo, los despuntes de tu lanza, el centelleo de tus espuelas. Porque existen invasiones peregrinas, vientos de recogida que buscan un alto combustible para sus empresas. Caballerías súbitas, jinetes ciegos, aparecen por momentos recorriendo las viejas carreteras de Granada.

Ahora ya tienes a tu heroica tierra española sobre el pecho. Cual si durmieras a la sombra de una iglesia, ella te da con mano larga su espeso vino negro y pone un campo de pasto en tu mirada. Porque lo que en sí parece plaza final, frente a frente a tu agonía es solamente como un derrumbamiento azul. Y es que los olivos ya te crecen en el ojal infinitamente, ya desbordan sobre tu pecho su larga cosecha de aceitunas: sus copas desbordantes son como surtidores que derramaran aceite de victoria.

Ahora vives al borde mismo de las palomas, allí donde pierde pié el cuerpo duro y comienza el reinado solitario del coral. Allí estás cubierto de medallas, vestido de banderas, completamente dueño de tus cenizas musicales.

Te veo con el oído junto a los caracoles, escuchando los confusos rumores de tu provincia. Los caídos grillos te llenan de cantos la oreja conmovida y sus pequeñas guitarras son como grandes instrumentos o como poderosas grúas que quisieran arrancarte del sueño.

Te veo echando raíces de laurel, saliendo a flor de tierra con el rocío en las cejas; reconstruyéndote gancho a gancho como un pino. Porque te adivino en cuerpo vegetal, cual un árbol morado: cual un romero, por ejemplo, que ocultara dentro un inmenso corazón de azahar.

— 11 —

Te adivino en cuerpo solemne. Igual que una sombra viva comienza a levantarse tu inmenso templo lila: arde por los interiores, desfallece poco a poco su vasto cielo herido. Por cada torre caída una nueva bandera se levanta; por allí donde más arden sus claros materiales más dulce abren sus flores.

Ah, mi inmenso capitán encendido, mi dulce soldado de la patria. Alta de puño y hoja se levanta tu espada de los lirios. El Guadalquivir te cruza el corazón como una banda, los naranjos te aclaman con palabras redondas desde sus alegres campanarios. Y tú, resistiendo todavía, acometiendo nuevamente desde los parapetos de tu verde cementerio.

Desde más abajo de las últimas sombras sale tu puño de cal y ceniza, sale como un tronco mineral o como un cañón de la luna. Porque la tierra tuya no es la tierra de la muerte, sino el campo verde donde escarban los toros más bravos de España. Es el campo libre donde las bestias se lamen y procrean, donde los escarabajos hacen su púrpura más pura. Es la tierra de los ejércitos y de los trenes, de los trigos y de la golondrina.

Salud por tu corazón de bronce y trigo, Federico.



La defensa de los Derechos Literarios y la Sociedad de Escritores de Chile

POR Diego Muñoz

Es probable que en ningún país se presenten, tan claramente delineados como en el nuestro, por las circunstancias especiales que condicionan el comercio literario, los problemas profesionales económicos que interesan al escritor nacional y al extranjero.

En las grandes poblaciones de cultura, el escritor de celebridad consagrada no necesita, ciertamente, de nin-

guna clase de protección especial. Su obra es una mercadería de gran demanda, de modo que el autor (después de algunos años de lucha y de precario destino) se halla en condiciones de imponer exigencias. Y por cierto que sus utilidades llegarían al máximo, a no ser porque nuestro mundo económico ha repartido sus funciones: no se puede ser, al mismo tiempo, productor de materia prima, manufacturero, distribuidor y detallista, al menos, el caso será siempre excepcional. Así, pues, un libro colocado en manos del lector representa una serie de operaciones comerciales sucesivas en las cuales obtienen buen provecho los intermediarios que operan entre el escritor y el lector. Las cosas están así establecidas en la industria editorial y las aspiraciones no pueden llegar más allá de una justa regulación en el comercio de esta mercadería, cuya colocación tiene tantas oscilaciones y golpes imprevistos.

Pero al lado de estas celebridades que significan ediciones fabulosas, vive un grupo numeroso de escritores, cuyos derechos no son ni de tanto volumen ni tan fáciles de hacer respetar. Para el momento, se trata aquí de una cuestión de índole puramente comercial que se resuelve siempre a favor del afortunado que logra reunir todas las ventajas de un régimen de libre competencia económica. Como cuestión comercial que es, no hay en el mercado literario legislación escrita, sino fórmulas de derecho consuetudinario. Se escribe un libro, se lo ofrece al editor y se contrata. Puede que haya gran oferta de obras inéditas y que el autor se presente por primera vez a la publicidad; serán las peores condiciones para contratar. El autor tendrá que someterse a toda clase de exigencias, muchas veces onerosas, si no tiene otros medios editoriales.

Supongamos un escritor, desconocido aún, que vende sus originales a precio de urgencia o de anonimato. El libro es consagrado por la crítica, el público lo arrebató, las ediciones se suceden una tras otra. Para el editor, habrá sido un negocio tan legítimo (perdóneseme el ejemplo) como el de comprar a vil precio un caballo que más tarde llega a ser un «crack» de las pistas. Pero hay una diferencia: mientras el caballo no posee ninguna virtud que provenga de su primitivo dueño, sino de su propia e independiente biología, el libro significa muchos años de estudio, de meditación y de sufrimiento y una aptitud in-

transferible y personalísima. Las leyes protegen al hombre que compró o heredó un bien raíz, que luego vende en menos de la mitad de su valor real; en virtud del principio de la lesión enorme, puede rescindir el contrato o exigir nuevo pago hasta concurrencia del valor real del bien raíz. ¿No sería justo también que el escritor estuviera protegido contra la lesión enorme? (El caso recíproco de lesión para el editor sería bien poco frecuente, en razón de que éste, como otro comerciante cualquiera, sabe muy bien lo que interesa a su clientela. Y en todo caso, un mal negocio—que todo comerciante o industrial considera siempre en sus cálculos—no le irrogaría nunca pérdidas apreciables). ¿Por qué abandona nuestro mundo al artista y lo deja entregado a toda suerte de aventuras comerciales? La mayor parte de la población de todos los países tiene leyes especiales de protección y de previsión. El artista—escritor, pintor, etc.—que no sea empleado de ninguna persona o empresa, hace generalmente una vida miserable, aunque de digna exterioridad. La muerte suele llegar a él como único auxilio. Cierto es que los comerciantes, almaceneros y agentes de corretajes carecen también de protección en el régimen económico social en que vivimos, pero, ¿hizo algo el almacenero por enaltecer la cultura o elevar el arte de su país? ¿creó algo que más tarde califique la historia como una valiosa contribución a la nacionalidad, para respeto y admiración de las futuras generaciones? El artista es abandonado a la propia «inutilidad» de su vida, sin perjuicio de que a su muerte el país le rinda un tardío homenaje.

Por lo que toca a nosotros, yo no recuerdo sino una sola generosa iniciativa en favor de los artistas en general: la creación de un cementerio especial en el Cerro Blanco... Será bien difícil esperar algo más; pero ni siquiera esto, porque el proyecto se dejó de lado definitivamente.

Nuestro país ha estimulado siempre muy precariamente al artista; desde luego, el escritor se encuentra en situación mucho más desventajosa que el pintor, por ejemplo, en cuanto a premios y honores. Jamás se ha dado el caso de que un escritor fuera enviado al extranjero por vía de estudio y perfeccionamiento; en cambio, decenas de pintores han sido becados en Europa durante varios años. ¿Y qué

obra tiene un mayor y más difundido alcance cultural y social, la pictórica o la literaria?

En Argentina existe un premio nacional de literatura que significa una apreciable fortuna para quien merezca ganarlo. Aquí se concursan para premios que, a lo más, pueden «sacar de un apuro», como suele decirse. Es preciso reconocer, sin embargo, que la Sociedad de Escritores de Chile ha conseguido relativamente mucho en este sentido.

Nuestra profesión no lo es, en realidad. Porque, ¿hay en Chile—y en muchos otros países—un escritor que viva exclusivamente de su producción literaria? No, por cierto. Generalmente, es absorbido y destrozado por la rotativa de los grandes diarios; otros ejercen oficios que están absolutamente fuera de su órbita artística. Cuando hablamos, pues, de profesión de escritor, no debe entenderse otra cosa que la función literaria que procura al escritor los derechos sobre obras suyas que se hallan en el comercio.

Dijimos al comienzo que tal vez no hay otro país en el cual se presenten tan claramente delineados como en el nuestro los problemas profesionales económicos que interesan al escritor nacional y al extranjero. ¿Por qué?

Existe una Ley de Propiedad Intelectual que deja libre campo a la piratería editorial. El escritor extranjero, junto con llegar a las fronteras de Chile, pierde sus derechos literarios, a menos que quieran reconocérselos voluntariamente. Así, hemos visto sucederse copiosas ediciones simultáneas de diversas casas editoras que han explotado hábilmente la celebridad de un escritor o de una de sus obras. ¿Se han pagado los derechos que legítimamente corresponden a su autor? No. Estas ediciones son, pues, un negocio al ciento por ciento. Se ha dicho que nuestro país deseaba fomentar la cultura; pero, ¿justifica esta finalidad el despojo de que se hace víctima al autor extranjero? De ninguna manera. Ahora bien, esta situación no sólo perjudica al escritor extranjero, sino también al nacional, porque el editor preferirá siempre editar la obra de un autor célebre que no reclama derechos a otro que viene a ser un problema, a veces odioso. Evidentemente, la producción extranjera tiene una alta calidad mucho más frecuente que la chilena, por lo mismo que es toda la literatura mundial que concursa ante el interés del público lector; pero no se puede negar tampoco que muchas obras

extranjeras no sobrepasan el mérito de algunos libros chilenos. Por otra parte, el bajo nivel comercial de la obra chilena se debe, entre otras cosas, a la falta de propaganda; en efecto, el editor prefiere casi siempre llamar la atención acerca de sus obras extranjeras, en competencia urgente contra las ediciones simultáneas de sus colegas, igualmente libres de gabela. Si hubiera alguna excepción a este respecto, no bastaría para enmendar lo dicho.

De otro lado, los diarios y revistas del país viven de la reproducción de publicaciones de otros países que pagan sus colaboraciones extranjeras. No satisfechos con reproducir el texto, se apropian aun de las ilustraciones. Hay en Chile revistas que son una reproducción casi íntegra de otras similares argentinas, por ejemplo. Y es frecuente el caso de dos diarios que publican el mismo día un mismo artículo tomado de un mismo diario de Argentina, fuente inagotable y gratuita para nuestras publicaciones periódicas. Jamás se deja constancia de la procedencia de estas colaboraciones; cualquiera que ignore estas cosas creería que se trata de un servicio internacional pagado. La consecuencia es lógica: el escritor chileno no encuentra aceptación, porque exige el pago de sus derechos, lo que debe de resultar un poco pretencioso cuando se puede obtener un Gómez de la Serna, un Ludwig, un G. B. Shaw, un Marinetti, un Gide u otro escritor de reputación mundial con un simple tijeretazo. No es que pretendamos prescindir del escritor extranjero (lo necesitamos), sino que se paguen sus derechos, como se paga a los autores norteamericanos de fox-trots, y que se dé trabajo al escritor chileno, aunque sea en cuota limitada.

Estos son—omitidos voluntariamente otros menores—los problemas que nos interesan y cuya solución esperamos encontrar sobre nuevas bases para la Sociedad de Escritores de Chile. Con este fin, nuestro consocio Tomás Lago y el que escribe estas líneas, redactamos un proyecto de nuevo Estatuto para nuestra Institución, comisión con que nos honró el Directorio hace algunos meses y que ya ha sido cumplida.

Nuestro primer pensamiento fué hacer de la Sociedad una institución gremial de perfecta unidad, en marcha hacia cuatro finalidades principales: defensa de los derechos literarios de chilenos y extranjeros, dictación de una nueva

Ley de Propiedad Intelectual en cuya redacción tengamos intervención directa, previsión social e internacionalización de nuestra organización y de nuestros principios de defensa.

Hasta ahora nos hemos ocupado únicamente de cuestiones de índole cultural; en adelante, sin olvidar esta función social del escritor, queremos llegar a la solución práctica de los problemas económicos de nuestra colectividad, cuyos derechos son tan respetables como los de todo trabajador.

Estas finalidades exigen una definición bien precisa para la calidad de miembro activo de nuestra institución. A este respecto, los actuales estatutos son inútil y excesivamente amplios. Nosotros hemos limitado el concepto de socio en las dos letras del Art. 5.º de nuestro proyecto: «a) los escritores chilenos o extranjeros residentes en el país que hayan publicado, a lo menos, una obra en que predomine la calidad literaria; y b) los que, no cumpliendo los requisitos de la letra anterior, hubieren publicado su obra en diarios, revistas u otros medios de publicación, y los traductores, compiladores, ensayistas y demás trabajadores literarios.»

Como puede verse, entran en esta definición todos los trabajadores literarios que pueden ser víctimas de conflictos con editores en general (casas editoras, publicaciones periódicas, radios, etc.).

La sola publicación de un libro—como es hasta ahora—¿puede dar derecho a formar parte de nuestra Sociedad? En principio, para nosotros, no. Es preciso, además, que este libro sea de calidad literaria. Un libro sobre balística o avicultura no es obra de escritor, sino de técnico; lo mismo ocurre con una obra de historia, de medicina, de astronomía o de arte culinario, etc. Pero hay excepciones, naturalmente; las hubo ya y son bien conocidas, y habrá otras futuras; el establecerlas no será cosa de discutir mucho, de manera que no podemos admitir que este concepto de *calidad literaria* sea de ambigua o difícil interpretación o llegue a originar conflictos insalvables. Había que reducir el ingreso a límites estrictamente profesionales y gremiales, para el interés y el éxito de nuestra acción común. Por lo tanto, lo primero que nos pareció necesario fué crear una colectividad compuesta por personas que tuviesen identidad

de intereses, a fin de evitar disenciones y para formar un sólido espíritu de cuerpo.

La Sociedad de Escritores debe estar formada por trabajadores literarios que tengan conciencia profesional, o sea, que estén en la convicción de que su obra es un trabajo y que como tal debe ser tenida y respetada.

En seguida era necesario imponer bases que impidieran toda posible división. Para esto, nuestro proyecto, en su declaración de principios, establece que la Sociedad *no sustenta ninguna idea política ni literaria*. Nos unimos para desarrollar la acción social que nos corresponde en la cultura nacional y para hacer respetar nuestros intereses en lucha contra intereses contrarios; toda otra cuestión debe ser ajena a nuestra institución. El socio, como ciudadano, puede tener las convicciones políticas o económicas que mejor parezcan; nuestra institución debe estar libre de tales cuestiones para poder reunir en su seno a los escritores de las más diversas tendencias, con la sola finalidad de defender y ejercer los derechos y funciones profesionales.

Por último, introdujimos en nuestro proyecto otro principio que nos pareció fundamental: *«ningún socio podrá celebrar convenios particulares que contraríen, modifiquen o limiten las disposiciones adoptadas por la sociedad para la celebración de contratos editoriales.»* Se ha dicho que este principio menoscaba la libertad individual de trabajo, garantizada por la Constitución. Error. El que quiera conservar su libertad individual lo conseguiría con sólo abstenerse de formar parte de nuestra institución. Pero en estos tiempos no se puede hablar de libertad individual de trabajo sino, más bien, de libertad individual para someterse a las condiciones que a uno se le impongan. Las luchas sociales han llegado a un punto bien claro: patrones y obreros forman colectividades gremiales separadas por la diferencia de sus intereses para hacer respetar sus derechos mediante la acción colectiva. La libertad individual de trabajo pertenece ya a la mitología social de otro tiempo. Los propios patrones sacrifican su libertad individual, porque saben que es de su conveniencia hacerlo. ¿No resulta lógico entonces, que la Sociedad de Escritores imponga a sus asociados ciertas condiciones de trabajo, por lo menos, hasta donde sea posible determinarlas?

No dejaremos de comentar, a este respecto, lo que se

dijo en una sesión del Directorio cuando hacíamos ver la necesidad y conveniencia de uniformar las condiciones del contrato editorial. Parecía difícil encontrar una fórmula, por cuanto unos escritores valen más que otros y sería imposible asignar a cada uno particularmente un derecho diferente, o injusto someterlos a todos a iguales condiciones. A nuestro juicio, Ernesto Montenegro encontró la fórmula necesaria. ¿Cómo se puede medir el éxito de un autor para asignarle un derecho proporcional a su mayor o menor difusión? Por su tiraje. De esta manera resulta fácil establecer la proporcionalidad que debe haber entre el derecho literario que produce un libro y el valor de su autor en el mercado (puede que un escritor de alta valía en el arte no tenga público, o vice-versa). La fórmula sería la siguiente: para el primer millar, el editor pagaría un porcentaje determinado; para el segundo, otro mayor, y así sucesivamente, con justa contemplación, por cierto, de los intereses del editor, a quien no se trata de explotar, sino de hacer concurrir a un plano de equidad y de justicia.

No se busque en nosotros, pues, espíritu de lucha ni mezquinos intereses materiales, sino la simple aspiración de obtener lo que nos parece legítimo y el deseo de impedir situaciones que se tornan desventajosas para una parte, con excesivo beneficio de la otra. Permítasenos remitirnos a lo dicho anteriormente acerca de la lesión enorme. El ejemplo propuesto da una idea exacta de las monstruosidades que pueden presentarse (y se han presentado) en el comercio literario.

Mientras no se dicte una nueva Ley de Propiedad Intelectual, la Sociedad podría llegar a ciertos convenios con editores y empresas periodísticas, aunque nos parece difícil conseguir lo que constituye nuestra aspiración gremial. Por eso es de capital importancia obtener la reforma de dicha ley. Con este fin, el Directorio comisionó a los autores de este proyecto para que estudiaran el problema conjuntamente con el Director General de Bibliotecas y Museos, señor Gabriel Amunátegui, en quien hemos encontrado las mejores disposiciones y la convicción de que tal reforma es necesaria, establecidos—como ya lo están—los vicios e imperfecciones de la ley vigente.

Al respecto, tenemos ya formulados algunos principios que vendrían a proteger el derecho literario nacional y ex-

tranjero en forma más lógica y ecuánime; pero no creemos oportuno exponerlos.

El actual Directorio se ha empeñado en solucionar estos y otros problemas, en la convicción de que atiende a los intereses de una colectividad que vive al margen de la protección legal. Ahora necesitamos el apoyo decidido de todos los escritores que se sienten identificados con estos justos principios de defensa y de solidaridad profesional. Sobre nuestra conciencia debe pesar el despojo vergonzoso de que se hace víctima al escritor extranjero, reivindicando para él los derechos que legítimamente le corresponden. Es necesario, además, mejorar la situación del escritor nacional, desdeñado por los efectos de una ley imperfecta y, finalmente, iniciar en Chile—porque se han producido aquí causas determinantes bien precisas—un movimiento que tienda a uniformar en todos los países de habla hispana, por de pronto, la legislación de la propiedad intelectual y los principios básicos de las instituciones similares a la nuestra, a fin de asegurar la correspondencia internacional en lo que se refiere al resguardo de nuestros derechos.

Individuo y Naturaleza (*)

POR Alejandro Lipschütz

Honrándome tan hondamente con la invitación de dirigir a ustedes mi palabra, las autoridades responsables me hicieron saber discretamente que no debía ser ésta una conferencia larga o demasiado científica, sino más bien una charla. Por eso, he elegido un tema, por decirlo así, ligero, que se encuentra en los límites de la fisiología y la filosofía: *El Individuo y la Naturaleza*, tema que trataremos en el espacio de unos 20 minutos, no más.

Por cierto, la mayoría de ustedes cree no sentir inclinación alguna por la Filosofía. Al pronunciar yo esta palabra surgirá tal vez en algunos de ustedes el recuerdo de hojas

(*) Conferencia dictada en la Escuela de Artillería, en el Apostadero Naval de Talcahuano, en Octubre de 1935. Repetí la conferencia, con algunos cambios apropiados al caso, en la Sociedad «Amigos del Arte», en la Posada del Corregidor, en Santiago, en Junio de 1936.

amarillentas de libros y apuntes de antaño, libros y apuntes con los cuales se suele molestar a los jóvenes, y que tratan de filósofos griegos explicados a veces por profesores muy afilosóficos y aún antifilosóficos, que insisten, por el modo de su propio ser, tácitamente o con palabra docta, en que el tonel de Diógenes no era más que un pobre tonel, que Platón tenía ideales, sí, pero incompatibles con las leyes de producción y distribución de nuestros tiempos, y que los sofistas decían unas cosas oscuras, las que se exige aprender, transitoriamente por supuesto, según los programas oficiales de filosofía.

No tengo yo el deseo de competir con los profesores de filosofía de antaño—¡que descansen en paz!—los cuales, según la sabia palabra de un gran filósofo de nuestros tiempos, confundían la historia de la filosofía con la filosofía misma. Quiero yo más bien intentar entenderme con ustedes sobre algunas máximas filosóficas que seguir en la vida. Pero, dirán ustedes, ¿cómo vamos nosotros, marinos, a atrevernos a dar pasos filosóficos propios, por nuestra cuenta, sin Platón, sin Diógenes, sin Aristóteles? Nuestros son la brújula, el barómetro, el catalejo, el octante, y todos los aparatos que sirven para conocer la dirección y la velocidad de los vientos, las distancias marítimas en nudos, las cantidades de carbón para aprovisionar el buque; nuestras cosas son de índole práctica, y no cosas filosóficas.

Todo eso, señores, es así, a la *primera vista*. Busquemos más profundamente en el pozo anímico del marino y encontraremos entonces mucho apetito filosófico, mucho más que en otras profesiones. Y es por esto que me he atrevido a elegir el tema *Individuo y Naturaleza* para la charla de hoy.

Por casualidad, al preparar la charla, leo esas palabras de Pío Baroja, en uno de sus libros de la serie *El Mar*: «Realmente el mar nos aniquila y nos consume, agota nuestra fantasía y nuestra voluntad. Su infinita monotonía, sus infinitos cambios, su soledad inmensa *nos arrastran a la contemplación*. Esas olas verdes, mansas, esas espumas blanquecinas donde se mece nuestra pupila, van como rozando nuestra alma, *desgastando nuestra personalidad*, hasta hacerla puramente contemplativa, *hasta identificarla con la Naturaleza*. Queremos comprender al mar, y no le comprendemos; queremos hallarle una razón, y no se la

hallamos. Es un monstruo, una esfinge incomprensible... Todos sin saber por qué suponemos al mar mujer, todos lo dotamos de una personalidad instintiva y cambiante, enigmática y pérfida.»

Estas palabras de Baroja definen y resumen nuestro tema: por una parte, Personalidad Individual, o *Individuo*, limitado en el espacio y en el tiempo, con fines individuales por los cuales luchamos y de los cuales somos concientes; y por otra parte, Personalidad Superindividual de la *Naturaleza*, enigmática, ilimitada en el espacio y en el tiempo, al parecer en pugna con nuestra individualidad personal, limitada; y el Mar, exteriorización de esa personalidad superindividual, rozando a la individualidad personal, desgastándola, no se sabe por qué, es decir, sin que *nosotros* hallemos razón alguna en su actitud cambiante, pérfida, la que llega hasta parecernos monstruosa, pero finalmente sucumbiendo nosotros, identificándonos con la naturaleza.

Al contraponer en nuestro tema el Individuo y la Naturaleza, o la personalidad humana limitada y la personalidad ilimitada de la naturaleza, tenemos que tener presente que esta contraposición es el fundamento de toda la cultura humana, con su técnica, su ética, su religión, sus luchas, sus triunfos, su desesperación y su júbilo. Sin embargo, al analizar más de cerca la contraposición entre las dos personalidades, al seguir en la contemplación, a la cual el mar nos arrastra, llegamos también a darnos cuenta de que esa contraposición es cosa muy *relativa*, aunque muy humana, psicológica. Les digo esto como fisiólogo, cuya tarea fundamental es estudiar los íntimos sucesos orgánicos, los que al individuo se refieren.

La fisiología estudia el sin número de procesos energéticos y químicos que se realizan en el organismo. En este estudio se ha alcanzado un muy alto grado de perfección. Se ha establecido que las leyes cuantitativas que rigen la transformación de la energía almacenada, por ejemplo, por la hulla en la caldera del buque, en energía cinética, son aplicables también al cuerpo humano. Podemos considerar al organismo humano como una máquina y podemos determinar el rendimiento con que trabaja; es muy satisfactorio saber que la máquina humana trabaja con un rendimiento global de un 25%, lo que es más que en las máquinas corrientes de vapor. Se han conseguido grandes adelantos

en el conocimiento de los finos mecanismos de la máquina muscular humana, máquina que se reveló, más bien, comparable a un acumulador que se carga en el reposo con energía a cuenta de procesos oxidativos, descargándose rápidamente durante el trabajo. Se ha estudiado también, y con aparatos finísimos de medición, la producción de energía en las fibras nerviosas; se han registrado las diferencias de las potenciales eléctricas que se generan en la corteza cerebral durante el pensamiento.

No menos extraordinarios han sido los adelantos de nuestros conocimientos sobre los sucesos químicos que acaecen en el seno del organismo. Hasta conocemos las sustancias químicas que se originan cuando un impulso nervioso es transmitido a tal o cual órgano.

Empero, en realidad esas condiciones fisiológicas *internas* no son las únicas que nos interesan. Quiero insistir en que los mencionados alcances de la fisiología son sólo la mitad de la verdad fisiológica; tenemos que considerar también las condiciones fisiológicas llamadas *externas*.

La fisiología nos enseña que todos los sucesos orgánicos están *bajo la dependencia de factores del ambiente*. Los procesos químicos y energéticos se realizan en nuestro organismo sólo al serles accesible el oxígeno de cierta presión parcial. Conocen ustedes los graves problemas que se presentan para la aviación en gran altura, porque en la altura disminuye la presión parcial del oxígeno; a cierta altura por encima del nivel del mar, el aviador tiene que proveerse de un reservorio de oxígeno; la aviación estratosférica es posible sólo en cámara cerrada.

También la temperatura del ambiente ejerce una profunda influencia sobre los fenómenos vitales. En un ambiente cálido, el huevo de la rana, por ejemplo, se desarrolla con mayor velocidad que en un ambiente frío; la diferencia es de unas 2 a 3 veces, por cada 10 grados. Un órgano del organismo mamífero aislado para fines experimentales, consume a 1 grado unas 20 a 30 veces menos oxígeno que a la temperatura normal del cuerpo, que es de 37 grados. Bastan estos hechos para darse cuenta de la influencia formidable que experimenta el organismo por parte de la temperatura del ambiente, influencia todavía mucho más grave por la necesidad de mantener la temperatura de cuerpo en un nivel constante para proteger las partes con-

tra las grandes variaciones térmicas del ambiente. Hasta la velocidad con que se propaga el impulso nervioso varía con la temperatura; si nos imagináramos al cuerpo humano con una temperatura propia de sólo 10 grados en vez de 37, todas las reacciones, incluso el pensar, serían de una velocidad de 10 a 15 veces menor que lo que son en realidad.

Formidable es también la influencia de la luz. Todos conocen la importancia que tienen los rayos ultravioletas para la formación de la vitamina *D*, sustancia indispensable para los animales. Pero aún más, se ha revelado últimamente que hasta el ritmo de la procreación en las aves está sujeto a la acción de los rayos solares. El pato, cuyo testículo madura en cierta época del año, llega precozmente a su madurez al aumentar artificialmente la duración del día, es decir, con luz artificial. Hasta se conoció recientemente el mecanismo íntimo de esa influencia de la luz: los rayos solares actúan sobre la retina del ojo, de donde pasan impulsos a la hipófisis, órgano ubicado en la base del cerebro; es aquí donde se originan sustancias estimulantes del desarrollo y crecimiento testicular. La procreación misma, punto culminante en la dinámica del individuo, se revela, en todo caso, en ciertas especies, determinada por un factor del ambiente que influye en la retina!

Después de todo este análisis llegamos a la conclusión de que, desde un punto de vista fisiológico, *no existe un individuo limitado en el espacio* que podría contraponerse como tal a la naturaleza que es ilimitada en el espacio. El individuo limitado en el espacio es sólo una *abstracción*, una realidad, sí, pero, como ya dijimos, una realidad psicológica, no una realidad física o fisiológica. El individuo existe sólo si hay cruzamiento de los factores del espacio ilimitado, es decir, de condiciones externas—térmicas, barométricas, de luz, etc.—con los factores internos del organismo. Y cuanto más vastos sean nuestros conocimientos fisiológicos, tanto más vasto se nos presentará también el espacio en el cual se encuentra encuadrado y arraigado el individuo.

No hay duda alguna: la limitación en el espacio, como atributo del individuo, es, desde el punto de vista fisiológico, sólo aparente. Como otro atributo del individuo se considera su limitación en el *tiempo*. El hombre, igual que todos los seres animales, *nace y muere*. Hay comienzo y

fin del individuo, mientras que la naturaleza es ilimitada en el pasado e ilimitada en el futuro. Sin embargo, no es difícil demostrar que la limitación del individuo—o de las condiciones internas de éste—en el tiempo, es también aparente desde el punto de vista fisiológico. Las células reproductoras por cuya unión se engendra el nuevo ser humano, tienen su larga historia; sus comienzos se pierden en el tiempo ilimitado. La historia del reino orgánico cuenta con millones de años; y el primer ser vivo sólo pudo engendrarse gracias a una concurrencia de factores que arraigan en tiempos abismales. Así podemos decir: desde el punto de vista muy estrecho de la personalidad individual, se engendró tal o cual ser humano en el momento del abrazo de sus padres; desde un punto de vista más amplio y más justificado por el razonamiento científico, está naciendo cada ser desde los tiempos ilimitados, desde la eternidad.

¿Y la muerte? La muerte, como fin absoluto, como catástrofe, la hemos inventado nosotros, los hombres. Es decir, la interrupción de la existencia individual como *catástrofe*, es imaginable sólo desde el punto de vista de una personalidad individual consciente. Por cierto, esa catástrofe es una realidad psicológica; su alcance, por lo demás, varía mucho entre las gentes. Pero la realidad física de la muerte, la que nosotros, los hombres, lamentamos, porque a nosotros atañe, no tiene nada de catastrófico; es sólo la transición más o menos brusca del estado orgánico al estado inorgánico.

La muerte como *fin absoluto* puede ser imaginada sólo si se imagina *comienzo absoluto* y si se imagina, además, un individuo limitado en el espacio y en el tiempo, individuo que, como ya explicamos, no existe más que en nuestra imaginación. En el huerto del Edén, en el Paraíso, de derecho *lógico*, no debería haber, para Adán y Eva, ni comienzo ni fin; no debería haber ni nacimiento ni muerte, sucesos que ellos conocieron sólo porque la serpiente maliciosa les indujo a comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, ciencia muy antropocéntrica y por ello absolutamente anticuada hoy.

Con la ciencia del bien y del mal, es decir, desarrollando la capacidad de reflexionar, aprendiendo a pensar, tuvimos que llegar a la noción de la personalidad individual

y a sus consecuencias, a las nociones del júbilo del nacer y de la catástrofe del morir: «Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieras, morirás.» (Génesis, 2, 17).

La noción del júbilo del nacer y de la catástrofe del morir son realidades *psicológicas* incontestables, pero sin ser júbilo o catástrofe desde el punto de vista de la realidad física *extrahumana*.

Fué una hora verdaderamente trágica en la historia del hombre aquella en que supo pensar, abstraer y denominar (*), cuando se engendró la personalidad individual. Ciertamente eso le permitió aumentar considerablemente sus comodidades. Pero, por otra parte, le llenó de un egocentrismo y de un egoísmo feroz; le llenó de espanto, de un miedo atormentador—miedo de todo: de las fuerzas de la enigmática y pérfida naturaleza inorgánica, de las bestias y de los otros hombres, especialmente de éstos, y con mucha razón, ya que cada uno de ellos, desde entonces, después de haber comido del árbol de la ciencia, estaba como los demás, preso de igual egoísmo, de igual miedo; todos aparecían enigmáticos y pérfidos porque en realidad eran parte integrante de la naturaleza. Más teme el hombre al hombre que el tigre al tigre, que el tiburón al tiburón. Es eso pura verdad.

En su angustia por estar hinchado de la ciencia del bien y del mal, el hombre mataba, estropeaba, esclavizaba a aquellos otros hombres que le eran peligrosos porque estaban hinchados de la misma ciencia. Pero, felizmente, le había quedado algo de animal, heredado desde antes de comer del árbol de esa ciencia: *el instinto de rebaño*. Ha sido el rebaño su último refugio y su salvación, y la condición de su ascenso. Sobre la base del rebaño fundó el hombre la sociedad para el trabajo en común.

El mantenimiento de la sociedad, dada la realidad psicológica de la personalidad individual, no ha sido cosa fácil. Hubo de impetrarse el auxilio de los *dioses* para que frenen y cimienten, enseñando leyes a los hombres. Nunca antes, en la historia de la creación orgánica, hubo tanta

(*) Según el Génesis, se enseñó a Adán los nombres de los animales vivientes ya antes de haber comido del árbol de la ciencia del bien y del mal. Pero creo que eso debe ser más bien trabucación del cronista.

alarma entre los dioses ni se les presentaron tantas exigencias.

Con la ayuda de los dioses y de las leyes que ellos dictaron, marchó adelante el hombre. Pero ¿qué significa adelante? Aumentaron también los rebaños, que llegaron a ser muy numerosos; pero con esto aumentó también la gravedad de los conflictos *entre* los rebaños.....

Una de las más graves consecuencias del pecado del saber, la invención de la catástrofe de la muerte, dió vida a su correctivo: la noción de la *inmortalidad*.

No hay duda alguna: la inmortalidad es esencial para todos nosotros. Después de haber caído en el pecado del pensar, de la reflexión y de la abstracción, con todas las consecuencias de la separación de una personalidad individual de la naturaleza, el hombre no puede vivir sin la idea de la inmortalidad. El egocentrismo, el egoísmo, el deseo de dominar, pueden ser corregidos por el recuerdo del rebaño, por los dioses y sus severas leyes. Pero la catástrofe de la muerte puede ser contrarrestada sólo por la idea de la inmortalidad.

Extraño, contradictorio y hasta absurdo a primera vista es que la imagen de la muerte sea contrarrestada por la imagen de la inmortalidad, dos cosas o realidades psicológicas en lucha entre sí. Sin embargo, no hay nada de extraño y nada de extraordinario en eso. La realidad psicológica, o la noción de la muerte individual como catástrofe, es cosa brutal; desde el punto de vista de la personalidad individual, es la cosa más brutal y más tremenda que pueda uno imaginarse.

La imagen de la muerte individual debe haber sido un choque de los más formidables para el hombre. Es verdad que se había plantado, en el mismo huerto del Edén, además del árbol de la ciencia del bien y del mal, el árbol de la vida; al comer su fruto se viviría para siempre. Pero, por desgracia, primero, Jehová echó al hombre fuera del huerto del Edén, para que labrase la tierra; y segundo, «puso al oriente del huerto del Edén querubines con espadas encendidas que se revolvían a todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida eterna en el Edén.» (Génesis, 3, 24). Entonces, cerrado el camino, el hombre se rebeló para luchar, desde este momento, por su vida eterna, ora

buscando un hueco mal guardado en la tapia del mismo huerto del Edén, ora plantando otros huertos semejantes.

En todo caso, y esto es lo que para nosotros importa aquí, consta que el hombre comenzó a buscar escapes a la imagen de la muerte y recurrió a la imagen de la inmortalidad. Y es la inmortalidad una imagen, o realidad psicológica, que tan conforme está con la realidad física extrahumana, que podemos considerarla como el más formidable y grandioso correctivo del pecado de la separación de la personalidad individual de la naturaleza; verdadera *salvación humana*, igual que el instinto de rebaño.

Pues bien; si la contraposición del individuo a la naturaleza, aunque contraria a todos los fundamentos científicos, es una realidad psicológica, uno se dirá que va a continuar y que con ello continuará el egocentrismo, el egoísmo, la lucha, el sufrir y el temor de la muerte, y que nunca saldrá el hombre de sus apuros. Sin embargo, el mismo pensar con que se engendró la personalidad individual, contrapuesta a la naturaleza, llega en su desarrollo dialéctico a encuadrar al individuo de nuevo en la naturaleza.

Al hacernos *científicamente* conscientes de que la personalidad individual es, de hecho, ilimitada en el espacio y en el tiempo, confundimos ya nuestra personalidad individual con la naturaleza. Es decir, el pensar, la conciencia que separó al individuo de la naturaleza, llega, por el juego dialéctico de todas las cosas, incluso el pensar, a *devolver* la personalidad individual a la naturaleza. Punto culminante en el desarrollo intelectual humano es siempre tal confusión de la personalidad individual con la naturaleza. Y la idea de la inmortalidad no es otra cosa sino que el saber de que ha sido un pecado la separación de las dos.

En el tremendo torbellino espiritual por el cual hoy día pasa la humanidad entera, se vislumbra esa naciente confusión de la personalidad individual con la naturaleza como bien humanitario general. E, igualmente, el instinto de rebaño se fortifica. Comienza el dominio de grandes ideales humanitarios; el espíritu de compañerismo, de responsabilidad y de sacrificio, se apodera hoy día de muchos millones de hombres, sobrepasando los límites de la raza y del habla. Ideales superindividuales, cuyos fines están más allá de la personalidad individual limitada, mueven

a las masas humanas. Hasta para engañarlas, para desviar a las masas humanas del camino del compañerismo humanitario, ya no queda otra cosa que *fungir* ideales humanitarios generales.

Antes de terminar, volvamos por un momento al Mar de Pío Baroja. ¡Que el Mar «nos arrastra a la contemplación», rozando nuestra alma, desgastando nuestra personalidad! ¡Por ésto, nuestras gracias al Mar! Porque es así cómo llega el Mar *hasta a identificar nuestra personalidad con la Naturaleza*. ¡No es poco lo que al Mar debemos! «Un monstruo, una esfinge incomprensible», pero *sólo para los asentados en el punto de vista de la personalidad individual*, que quiere hallarle al Mar una razón humana y no se la halla por cierto, porque el Mar no es Hombre. «Todos, sin saber por qué, suponemos al Mar mujer, todos lo dotamos de una personalidad instintiva y cambiante, enigmática y pérfida. En la Tierra (*), en los árboles y en las plantas hay una vaga sombra de justicia y de bondad; en el Mar, no; el Mar nos sonríe, nos acaricia, nos amenaza, nos aplasta caprichosamente.»

Mis señores marinos: más hay de *verdad* en el Mar, enigmático y pérfido, sonriente y amenazante, que en la Tierra siempre bondadosa y justiciera. Por eso, ¡cedamos al Mar caprichoso!, para confundir en su abrazo nuestra personalidad individual con la Naturaleza ilimitada en el espacio e ilimitada en el tiempo.

Todos sentimos que para la felicidad personal vale mucho navegar primero por el Mar caprichoso en busca de grandes ideales, antes de asentarse en la Tierra para el cultivo de pequeñas vanidades. Y es por ésto que queremos a ustedes, hombres del Mar, hombres de nuestra Armada.

(*) Baroja dice «Naturaleza»; me he permitido cambiarlo por «Tierra».

Notas para un ensayo sobre don Roberto Cunninghame Graham

POR Enrique Espinoza

I

Cuantos escribieron entre nosotros sobre don Roberto B. Cunninghame Graham con motivo de su reciente estada y muerte en el Plaza Hotel de Buenos Aires, no dejaron de insistir en primer término, sobre el Quijote que encarnaba el ilustre viajero en su gloriosa ancianidad.

Sin negar este parecido, por demás evidente en algunos de sus últimos retratos, creemos, sin embargo, que se impone un examen menos superficial del singularísimo escritor inglés, que dijo Guillermo Enrique Hudson, para descubrir su entronque con España y nuestra América.

La remota ascendencia andaluza de Cunninghame Graham por la rama materna, le basta a muchos para explicarlo todo, naturalmente, por el viejo mito, hoy renovado, de la raza. Pero el problema de la personalidad humana en su sentido integral, no es tan simple, ni siquiera desde el punto de vista de la sangre, el menos claro, sin duda.

En todo caso, siguiendo la pasión dominante de su espíritu, sería más radical, en la verdadera acepción de esta palabra, y más oportuno también, en el año del cuarto centenario de Buenos Aires, remontarse a la época de la Conquista, que es cuando se establece el nexo de oro y sangre entre España y América, para subrayar, de paso, la curiosa semejanza que ofrece el nombre mismo de Roberto B. Cunninghame Graham con los de Bernal Díaz del Castillo, Pedro Cieza de León y otros grandes cronistas universales del Nuevo Mundo.

Pero ya veremos hasta donde el impulso del Conquistador y la visión del Quijote determinan la vida y la obra de este noble caballero escocés que, de ningún modo, podemos considerar siempre fuera de su tiempo y de su país.

En nuestra opinión, Cunninghame Graham, por esas relaciones fundamentales, precisamente, continúa, más bien, la línea de los intrépidos viajeros ingleses que se identificaron durante años y leguas con la América española desde comienzos del siglo XIX. Lo que llega a caracterizarlo entre todos, con relieve propio, es su talento de artista

superior que le permite fijar en el tiempo todo el colorido inherente a la aventura y sumar así, al éxito material, uno más alto y perdurable.

Cunninghame Graham es el conquistador conquistado, según sucede muchas veces cuando del hombre y de la tierra se trata; es el hidalgo venido a más, el caballero genuino en su hora y en su lugar. Algo romántico al principio, como el gaucho de la Independencia; pero pronto, real y verdadero, en contacto con la lucha ordinaria de cada día. Por eso sus amigos y admiradores argentinos terminamos por llamarlo, campechanamente, don Roberto, no más.

En efecto, ningún otro título le venía mejor que éste cuyo origen es tan discutible en España; pero que entre nosotros cobra un acento particular de cariño y consideración.

Don Roberto llega al Plata en lo mejor de su juventud, allá por el año 70, y durante dos lustos recorre a caballo la Argentina y el Uruguay, Chile, Paraguay y parte del Brasil, en busca de fortuna y aventuras, como don Quijote y los Conquistadores.

La naturaleza bravía de América, sobre todo la Pampa, que acababa de dejar, ya hombre, quien había de ser luego en Inglaterra su intérprete más poderoso, Guillermo Enrique Hudson, lo entusiasma directamente y para siempre.

Se agaucha, pues, en todo lo posible, hasta adoptar el oficio de resero. Convive en largas jornadas con los peones de muchas estancias y conoce, asimismo, a los grandes terratenientes que se disputan en nombre de la Nación el sometimiento de los paisanos en su propio provecho.

El afán de justicia que asoma pintorescamente en el *Martín Fierro*, encuentra en él a uno de los primeros y más calificados admiradores. El poema le ayuda, sin duda, a captar el alma de sus compañeros de oficio. La pasión por el caballo, el elemento imprescindible de trabajo en la pampa, es en adelante la suya. Hasta el fin de sus días el lazo gaucho rubrica su firma, cuando no la misma marca flor de su tropilla.

De vuelta en Inglaterra, antes de doblar los treinta y casado con una dama chilena de origen francés, Gabriela Blamondière, don Roberto, irrumpe no obstante, como un gaucho, en las tranquilas avenidas del Hyde Park y en la misma política de Londres.

Tras una breve escapada a México que dura apenas un par de años, se hace elegir miembro del parlamento y en la cámara de los comunes su voz se levanta para fustigar el insularismo satisfecho de los hombres de su propia clase.

Gran Bretaña, sostiene en ocasión memorable, es sólo una factoría en donde treinta millones de hombres trabajan para satisfacer el lujo y la ociosidad de treinta mil privilegiados.

La miserable situación de los mineros que viven en condiciones inferiores a las de los pueblos más primitivos, lo subleva como un crimen contra la dignidad humana. El imperialismo, basado en la astucia y el despojo, le parece igualmente criminal.

Con varios líderes laboristas, hoy famosos, entre los que se cuentan Hyndman, Keir Hardie, Champion, John Burns y algunos escritores y poetas de la talla de Bernard Shaw y William Morris, don Roberto se entrega abiertamente a la lucha social.

Durante un mitin de protesta llevado a cabo sin permiso en Trafalgar Square, la policía carga contra los manifestantes y Cunninghame Graham, a pesar de su condición de parlamentario, es llevado a la cárcel con la cabeza rota.

Bernard Shaw no llega a tanto. Un joven escritor inglés de nuestros días, John Strachey, imagina en uno de sus libros recientes, *La lucha por el poder*, qué le hubiera ocurrido a Mr. Shaw si por aquella época se hubiera hecho revolucionario en vez de socialista fabiano. Es muy posible, dice, que disfrutara en la actualidad de fama inmortal como una de las dos o tres figuras europeas de los últimos siglos. Pero es posible, también — agrega — que estuviera ya muerto desde hace bastante tiempo. Y concluye: Su vida hubiera sido, desde luego, menos próspera, fácil y segura económicamente; se le hubieran negado, quizá, hasta las persecuciones, y de haber muerto, digamos, hacia 1913, hubiera muerto como Marx lo hizo hacia el año 80, en lo que al mundo le hubiera parecido fracaso y olvido.

Por su parte, el poeta William Morris, el otro gran compañero de Cunninghame Graham, llega a vaticinar con asombrosa perspicacia cómo una parte de la clase alta y media va a organizar la contrarrevolución. En sus *News from Nowhere* apunta:

Bandas de jóvenes como las de los crumiros de la gran huelga que os he hablado antes, armados y ejercitados empezaron a provocar pendencias con el pueblo en las calles. El gobierno no les ayudaba ni los suprimía, manteniéndose neutral, a la espera de que algo saliera de aquéllo. Estos «amigos del orden», como se llamaban, tuvieron algún éxito al principio y se volvieron más audaces; lograron el apoyo de muchos oficiales del ejército regular y por su intermedio se posesionaron de armas de toda clase. . . . Lanzados a una guerra irregular en todo el país, el gobierno que, al principio, parecía ignorar la cosa o la juzgaba como una simple agitación, se decidió, finalmente, y en forma definitiva, por los «amigos del orden».

Pero tampoco William Morris, cuyas palabras memorables tomamos del libro *Fascismo y Revolución* de otro joven escritor inglés contemporáneo, Palme Dutt, consigues realizarse fuera del campo filantrópico.

Sólo Cunninghame Graham lucha durante algunos años desde el Parlamento y la calle, asiste a un congreso de la Internacional y desafía, como hemos visto, las iras policiales hasta dar en la cárcel.

Una anécdota muy sabrosa que le oímos a don Baldomero Sanin Cano, sostiene que en esta o en otra ocasión, Cunninghame Graham alcanza a distinguir en una rueda de presos a Oscar Wilde y lo saluda respetuosamente desde su celda. El propio autor de *De Profundis* recuerda conmovido este homenaje; pero sin sospechar el nombre ni la significación de quien se lo había tributado.

Morley Roberts, en su libro sobre Guillermo Enrique Hudson, nos evoca el primer encuentro de éste con don Roberto, por aquella época, en su compañía y en la de H. H. Champion, el líder de una huelga portuaria.

Graham, dice, estaba entonces dedicado a la política laborista y no hacía mucho que un policía sin respeto por los libros como *Success* y *An Indian Ghost Dance*, que llevaba en la cabeza, se la había roto en Trafalgar Square. Era una cabeza muy notable y por todo el conservantismo de Hudson, pertenecía a un nativo de Escocia, que era esencialmente, por algún milagro, un verdadero hijo de España, un hidalgo, o sea un hijo de alguien, altamente simpático. ¿No había conocido, acaso, a España y la Argentina? ¿No había, acaso, alternado en la pampa con gauchos que tenían a menos la vida humana, en un país donde «tantos caballos preciosos mueren?»

Y Morley Roberts termina su evocación de aquel primer encuentro en el célebre Café Royal de Londres, «que aun perdura como la *tierra elegida* de los jóvenes bisontes

del rebaño literario y artístico», con estas palabras significativas:

Todos éramos en algún sentido hijos de la aventura y de la silla de montar. . . .

De este pasado común y de otro más remoto, particularmente sentido por don Roberto, sale con los años toda su obra literaria de viajero incansable, a través de la Conquista y las tierras reconquistadas a la codicia de los buscadores de oro.

No es difícil hacer una rápida clasificación de esta obra, pues, en su conjunto, comprende dos grupos fundamentales: el de los libros que se refieren a hechos y personajes, antiguos y modernos que atraen, directa o indirectamente, la atención del autor; y el de los libros que reflejan sus múltiples experiencias y descubrimientos, en contacto con la naturaleza, a través de los distintos países visitados.

Entre los primeros, no menos de veinte volúmenes, hay que contar desde *Doughty Deeds*, una reseña de la vida de Robert Graham of Gartmore, poeta y político (1735-1797), hasta *Portrait of a Dictator*, *Francisco Solano López*, pasando por una serie de crónicas biográficas sobre Hernando de Soto, Pedro de Valdivia, José Antonio Páez, etc.

Entre los segundos, otros veinte volúmenes, o poco menos, de sketches, y cuentos, agrupados generalmente bajo el título de cualquiera de ellos o en colecciones antológicas, priman los relatos más o menos imaginativos. En dos palabras: *Story and history*. Poesía y verdad.

T. F. Tschiffely, el famoso jinete suizo-argentino que realizó en 1928 la proeza de llegar con sus caballos Mancha y Gato desde Buenos Aires hasta Nueva York, acaba de publicar en Londres bajo el título criollo de *Rodeo* una nueva selección de cuentos y sketches de don Roberto, con la esperanza de conquistar definitivamente al público inglés. Porque corresponde anotar que de todos los libros de don Roberto, sólo *Mogreb-el-Aksa* tuvo una segunda edición en 1930. Su prologuista, el autorizado crítico Edward Garnett, considera este libro como su obra maestra dentro del género de los viajes.

Mogreb-el-Aksa, dice en un reciente artículo del London Mercury, sobre el cual volveremos enseguida, arroja el guante al público inglés. Desafía todos los chibolets de la era victoriana, especialmente aquel de la responsa-

bilidad del hombre blanco y la hipocresía inherente a la propaganda de los imperialistas.

Este libro había merecido, asimismo, el juicio elogioso de Conrad, que por cierto, no compartía las «ilusiones irremediables» de su autor, a quien trata en una carta de *grand seigneur et frondeur*.

Edward Garnett, en su artículo ya citado, cree que Hudson ha encontrado la mejor definición de Cunninghame Graham al llamarlo «singularísimo escritor inglés» en su famosa dedicatoria de *El Ombú*.

Esta dedicatoria, dice, asegura en pocas palabras a Graham el título de singularísimo para la posteridad. Y funda su juicio en la siguiente apreciación: Dado que las cualidades de *La Tierra Purpúrea*, *El Ombú* y *Allá lejos, hace tiempo*, son después de todo extraordinarias, es evidente que los esbozos de Graham sólo son acreedores al *proxime accedit*.

Sin embargo, sostiene que los mejores sketches de Graham merecen un lugar permanente en la literatura inglesa por su mordaz filosofía y su aplastante desprecio por la farsa del mundo. Su enorme experiencia de lo fundamental de la naturaleza humana, de todas las clases y especies de hombres, blancos, negros, amarillos y pardos, le dieron —dice—una visión más desprejuiciada y un punto de vista más amplio que el de cualquiera de sus contemporáneos ingleses. Tal vez era, concluye, más «singular» como hombre que por sus libros; pero los mejores entre éstos alientan ese espíritu único.

Como muestra de su visión total, Garnett señala *Harboured*, su sketch elegíaco de los funerales de Conrad. Yo estaba allí—asegura—y puedo dar testimonio de la artística y verdadera armonía con que Graham mezcló el efecto de las masas y de las calles de Canterbury con el sepulcro donde Conrad descansa en tierra de Kent. *Harboured* es una pieza clásica y de seguro perdurará como un poema antiguo.

A juicio de Garnett, siempre, *Niggers* perdurará igualmente por sus pullas a la actitud del inglés hacia los indígenas y *Success* tanto como el mismo idioma de la isla por su desprecio a la mentira que significa «la profunda adoración de los hechos consumados».

Desgraciadamente, no se ha traducido a nuestro idioma

ninguno de los libros de don Roberto. Sólo existe en castellano una colección de artículos vertidos en Londres bajo el título de *El Río de la Plata* por el grupo de colaboradores de la antigua revista *Hispania*.

Este libro fué publicado en su homenaje, al comienzo de la guerra, a raíz de una comisión que el gobierno inglés le confiara en el Uruguay, y lleva un interesante prólogo de don Baldomero Sanin Cano.

Aquí conviene recordar que don Roberto estuvo siempre muy ligado a los escritores hispanoamericanos residentes o de paso en Londres. En casa de don Santiago Pérez Triana solía reunirse con ellos para escuchar música y conversar de arte, política y caballos. Don Leopoldo Lugones, presente en varias de estas veladas, cuenta que durante una, particularmente concurrida, Cunninghame Graham se topó con él ante el vano de una puerta, al ir a pasar de una estancia a otra; y que echándose a reír, le dijo, recordando el famoso baile de *Martín Fierro*:

Nunca faltan encontrones
cuando un pobre se divierte.

Esto con el tono más gauchó de su juventud y consciente de la gracia que podía hacer la sentencia a tantas millas de la Pampa y en su afortunada situación.

El Río de la Plata confirma en todas sus páginas este espíritu campechano que no se paga de grandezas efímeras y continúa fiel a la esencial humildad del hombre, incontaminado aún por el nacionalismo y la deificación de sus jefes.

Recordaremos tan sólo dos o tres rasgos del libro, tomados de la vívida evocación que Cunninghame Graham, hace del Buenos Aires de antaño, es decir, de la época en que lo visitó por vez primera. Se trata de unas consideraciones históricas acerca del templo de Santo Domingo que conserva en su fachada las balas de cañón que le disparara el luterano general Witelocke en su ataque a la ciudad. Rezan literalmente así:

Dentro de la iglesia, allá en lo alto de la nave occidental, colgaban entonces y supongo que cuelgan todavía, las banderas de tres regimientos del ejército inglés. En aquellos días pensaba yo que era una oportuna amonestación al orgullo, hacia la cual les llamaba la atención a los ingleses que por allí andaban, cuando repletos de vino nuevo (aquí léase *carlón* a diez centavos la botella y champafia hecho de petróleo

a cinco *palaciones* el litro) les mostraba los trofeos y les invitaba a que se golpearan el diafragma y silbaran la tonada del *Rule Britannia* con cuanto garbo le fuera dado hacerlo.

El otro rasgo, igualmente expresivo, pertenece a la pintura que en el mismo artículo hace de los establecimientos non sanctas del Buenos Aires de aquellos días. Entre otras cosas, dice:

En más de una ocasión he visto a algún augusto personaje elevado sobre sus conciudadanos por el voto popular, entrar, sentarse en una de las sillas, encender su puro y beber su café, charlando con todas las señoras de la casa tan afablemente que nadie se hubiera imaginado que el recuento de algunos miles de narices lo había elevado a la categoría de un dios.

Por último, las siguientes líneas finales que vienen a ser como una justificación anticipada de su resistencia a visitar Buenos Aires durante los once meses que pasara en el Uruguay:

Sé que Buenos Aires es grande, próspera y rica, muy más allá del soñar de la avaricia; sé que incesantemente grandes barcos arriban y se amarran a sus muelles de piedra tallada y que los pasajeros pueden saltar a tierra y entrar en sus automóviles. Todo esto lo sé y me complazco en ello, porque *anche io fu pittore*, es decir, porque yo también he cabalgado por las calles del viejo Buenos Aires (el de antaño), casi siempre en un *doradillo*, escarceador y coscojero de mi propiedad, con las grandes espuelas de plata pendientes del talón, camino del hotel Claraz, después de entregar una punta de ganado en el saladero de las afueras de la ciudad. Todo eso que ha sucedido lo sé y me regocija, sin convencerme.

Así le sucede al hombre que en su juventud ha visto a una bailarina gitana, morena, ágil y cenecía, y que años más tarde vuelve a encontrarla casada con un capitalista, esplendorosa de joyas y trajes de París, y que piensa que a sus ojos era más hermosa allá en el Burrero, envuelta en su raído mantón de Manila.

El Río de la Plata por haberse publicado cuando el mismo reconocimiento del *Martín Fierro* no se había cumplido del todo, alcanza a tener muy pocos lectores en Buenos Aires. Su desenfado gauchesco hasta hace avergonzar a algunos.

Después de la guerra, el nombre de Cunninghame Graham empieza a ser olvidado, a pesar de sus periódicas colaboraciones en *La Nación*, cuya corresponsalía ejerce en Londres.

La misma muerte de Hudson, cuatro años más tarde, no halla eco en la prensa argentina. Durante una década por lo menos, el silencio más absoluto rodea estos nom-

bres hasta que algunos jóvenes nos decidimos a agitarlos uno tras otro, en busca de un pasado utilizable.

II

En Diciembre de 1930, con motivo del centenario de la muerte de Bolívar, aparece en *La Vida Literaria* con unas líneas de acápito, el esbozo de tradición, titulado *La vieja de Bolívar*, una de las pocas páginas de Cunninghame Graham escritas directamente en castellano.

La respuesta del olvidado escritor a nuestra atención no se hace esperar. Unos trazos desgarbados y rotundos, que pronto habían de sernos familiares, nos traen, con el sentimiento de su nostalgia, la seguridad del parentesco que invocábamos. He aquí una copia de su texto:

Londres, Enero 14/31.

Al señor Director de la Vida Literaria.

Muy señor mío:

Mil gracias por los dos números de su interesantísimo periódico. Mucho me gusta que ha (ya) tenido la amabilidad de incluir mi pobre cuentecito *La Vieja de Bolívar*, en sus columnas.

Gracias también por lo que dice en el epígrafe. Gracias otra vez por haber dicho «tan ligado a nosotros». Efectivamente, pasé los mejores años de mi vida en la Argentina y el Uruguay (entonces la Banda Oriental).

Por el momento me siento más ligado que nunca, pues está el ilustre pintor argentino Quirós en Londres y le veo y contemplo sus gauchos todos los días.

Con repetidas gracias S. S. y amigo.—Robert B. Cunninghame Graham.

A esta esquila que contestamos con un pedido de autorización y consejo para reproducir otra página suya en un número dedicado a Hudson, a quien dando lugar a un homenaje oficial, habíamos honrado ya dos años antes en la Primera exposición nacional del libro, don Roberto nos contesta desde la Isla Madeira, en los siguientes términos:

HOTEL SAVOY

CUNEBAL

Isla Madeira

Marzo, 11 de 1931.

Sr. don Enrique Espinoza.

Muy apreciable amigo:

Pongo «amigo» a pesar de no habernos encontrado hasta ahora. Gracias mil por su carta tan cariñosa y tan halagüeña.

Mucho me alegro saber del interés que tributan los jóvenes escritores al ilustre escritor anglo-argentino, Guillermo Hudson. Recibí ayer una carta del Dr. Pozzo (Quilmes) con unas instantáneas de la inauguración de la Estación «Guillermo Enrique Hudson». También unas hojas de un ombú que está al lado de la casa donde nació Hudson.

Aprecio mucho también lo que Ud. dice de mí. Al volver a casa (Abril 4) le mandaré en seguida dos retratos, uno a pie y otro a caballo.

Tanto Sanin que (como) el señor Sáenz Hayes, me conocen muy bien, especialmente Baldomero que es un amigo íntimo. Es muy difícil indicar una página pues en general los escritores no son buenos críticos de sus obras. Quizá (y sé que me arriesgo mucho) la descripción de la salida del sol con los «pingos» atados a sogas, mojados del sereno, y los ganados al lado del fogón en el cuento *La Cautiva* vendría bien como muestra de mi manera de escribir y de lo hondo que me penetró el espíritu de la Pampa en aquel entonces.

Mucho me gustaría saber que una colección de mis cuentos criollos fuera posible. Claro que le doy plena y absoluta autorización para hacerla.

De «modelo auténtico» seguramente no serviría; pero como homenaje de admiración a los amigos campesinos, a los «pingos» y en recuerdo de los mates cimarrones que chupé tiritando de frío al lado del fogón... eso sí.

Con muchas y cariñosas memorias de Lugones y con muy cordial apretón (espiritual) de manos a Ud. amigo querido (pero desconocido).

Siempre suyo para todo lo que se le ofrezca en nuestra Babilonia.

R. B. Cunninghame Graham.

P. S.—Me sería muy grato recibir libros nacionales de cuando en cuando.

De un mes más tarde data otra carta suya, desde Londres, particularmente interesante, no sólo por lo que dice de la independencia de la isla de Madeira, quien en esos momentos lucha asimismo por la autonomía de su propio país, sino también por el comentario vivaz que hace de los dibujos de Alberto Güiraldes en nuestro periódico. La reproducimos también a continuación:

Londres, Abril 9/31.

Señor don Enrique Espinoza.

Muy señor y amigo:

Llegué ayer de la Isla Madeira, hermosa isla, que dejé en plena revolución. Quieren autonomía y tienen razón.

En seguida busqué un par de fotografías que mandaré certificadas.

Mil gracias por los números de la *Vida Literaria*.

Mucho me gustan los retratos de los paisanos Hudson y Graham.

Que bien sabe Hudson de chiripá, calzoncillo, de nazarenas y con su pingo bien tusado, tascando el freno.

Ve con gusto también que el otro tiene un bagual por el cabresto y que el animal no está de freno todavía.

A ese otro paisano creo haber visto por «allacito» en la frontera, en algún rodeo, o volteada de yeguas.

En el retrato tiene facha de uno que «no se hacía al lado de la hueya», pero entiendo que el pobre se «ha metido» a escritor y ya no sirve «pa ná».

Mucho aprecio el honor que me hacen en ponerme al lado de Hudson y en general todas las cosas bonitas (y demasiado halagüeñas) que me prodigan en el epígrafe de la traducción de mi artículo.

¿Quién lo tradujo?

Ha de haber sido uno que posee el inglés como el mejor hijo de Londres.

Tan bien hecho está que el artículo parece haber sido escrito en castellano. Realmente me suena mejor en la traducción que en el original.

Repitiendo mis gracias y con un cordial apretón de manos (espiritual): suyo amigo affmo. (si me concede la licencia).—Roberto B. Cunninghame Graham.

A esta carta sigue aun otra en la primera mitad del mismo año que transcribimos igualmente, por su considerable valor autobiográfico:

June, 5/31.

Señor don Enrique Espinoza.

Muy estimado señor y amigo:

Recibí ayer su demasiado halagüeña carta. Me gusta que la fotografía gauchesca (con el malacarita) le haya caído en gracia. Estoy muy contento del éxito del artículo mío en el Río de la Plata.

Es lástima que toda la obra de Hudson no esté traducida al castellano. Escribiré a Eduardo Hillman sobre el asunto.

No pienso nunca en escribir mis memorias. Hay un flujo de memorias en Inglaterra en estos momentos. Salen a borbotones todos los días.

No se ha escrito nada acerca de «mi vida y milagros».

El profesor Heberto Well de «Dartmouth College Hanover, New Hampshire, U. S. A.», está escribiendo algo de mi vida, etc., en este momento.

Es un señor todavía joven (32 años) y muy simpático. Creo que no conoce mucho sobre la historia de Sudamérica, ni sabe el castellano, pero es hombre muy culto, y es profesor de literatura inglesa en su Universidad.

Yo estuve más o menos diez años (los mejores de mi vida) en la Argentina, el Uruguay y el Paraguay. Es decir, entre 1870 y 1880. Eran los años de mi juventud y todo lo que ví y me pasó tengo fotografiado en mi cerebro.

Después estuve varios años en México y el Estado de Tejas (me fui de ganadero).

Durante la guerra estuve durante 11 (once) meses en la República del Uruguay y un año en Colombia examinando el ganado colombiano con el propósito de poner un frigorífico. El propósito fracasó por falta de tonelaje y el gobierno (nuestro) me hizo volver.

Ultimamente estuve dos veces por temporadas de 5 y 4 meses en Venezuela.

Si, soy un amigo de todo lo que sea Rioplatense. En cuanto a «gran escritor», Ud. lo dice, y estoy muy ufano de leerlo... gracias mil. Eso lo dejo en las manos de mis amigos argentinos y en las manos más poderosas aún del tiempo.

Repitiendo mis gracias más fervorosas. Siempre suyo S. S. y amigo.—*Roberto B. Cunninghame Graham.*

P. S.—Empecé a escribir en el año 1885 (tiempos del rey Wamba).

P. S. I. L.—Estoy pensando en escribir la vida de Urquiza, pero me falta material. Solamente tengo los «Rasgos de la Vida de Urquiza», por Leguizamón.

Vi a Urquiza varias veces en Gualaguaychú, a López Jordán también, estuve en San José tres semanas después del asesinato.

Una media docena más de cartas de don Roberto llegaron a nuestras manos. Pero sólo hemos de transcribir por ahora dos, no exentas como las anteriores de algunos lapsus, para completar su propia imagen. La primera la recibimos al transcribir en nuestro periódico, transformado en revista, su notable prólogo a la edición ilustrada de *Far Away and Long Ago*, junto con su dedicatoria particular en forma de autógrafo. Dice así:

Londres, Nov. 10/33.

Mi querido don Enrique:

Recibí gustoso los tres números de Trapalanda que tuvo la bondad de enviarme. La reproducción de mis garabatos tiene muchísima gracia. Son horribles, verdad, parecen escritos con el punto del asador.

Ver la reproducción de su letra es como mirarse en el espejo—le salen cosas que nunca hubiese uno esperado.

«Me miro en el espejo y mal», etc., etc, como canta el versículo español.

Qué bien ha de conocer el inglés el señor Oscar Cohan. La verdad es que en castellano lo que escribo sale mejor que en inglés.

Quizá la manera de pensar, el giro de la frase y la mentalidad sean más propias a un idioma latino que el anglosajón.

Cuanto me alegro saber que la fama de mi querido Hudson va siempre creciendo. Muy bien su discurso a los niños de la escuela Guillermo Enrique Hudson!

Qué típico de Hudson era dar un rebencazo al ómnibus. Era un momento de olvido, de aquéllos olvidos cuando el alma se escapa de la cárcel de la carne y flota libre en el éter.

Interesante también «El gaucho burgués» y bien escrito.

El «gaucho» Tschiffely está en Londres. Algún día tenemos que hacer un peregrinaje al cementerio adonde está enterrado Rosas en Southamphthon.

Le mandaré mis impresiones. Es fácil que Tschiffely escriba algo también.

Su libro (el de Tschiffely) debe de salir a luz en la primera semana de Enero (1933). Lef las galeradas y encuentro el libro interesantísimo.

También le he hecho un prólogo. Qué simpático el suizo argentino, y qué sencillo, como todos los hombres que han hecho algo notable.

Señor redactor: he dicho.

Deseando larga vida y un éxito permanente a Trapalanda.

Siempre suyo amigo y colega.—*Roberto B. Cunninghame Graham.*

El texto de la segunda carta en la que don Roberto insiste acerca de su devoción por Hudson y nos ofrece otro rasgo inédito de su juventud, es el siguiente:

Julio, 4/34.

Señor don Enrique Espinoza.

Querido amigo y colega:

Mil gracias por el recorte de sus notas sobre Hudson. Son interesantísimas y veo que Ud. venera la memoria de *nuestro* gran compatriota. Digo *nuestro* porque Hudson a pesar de haber nacido en la Argentina, hizo su fama aquí.

Estoy seguro que algún día alcanzará igual renombre en la tierra donde fué criado... Quisiera mucho ver lo que escribieron en Costa Rica. Creo que el supuesto artículo de *La Nación* no es más que el prólogo que escribí para la Tierra Purpúrea.

Sí, renuncié a la idea de escribir sobre Urquiza por falta de datos y también porque Urquiza es enteramente desconocido aquí. Por eso escribí mi *Portrait of a Dictator* (Francisco Solano López) porque es una figura mundial (e infernal) y porque he estado en el Paraguay poco después de la guerra.

Nunca he escrito sobre *Martin Fierro* a pesar de ser gran admirador del poema. En mi juventud sabía trozos largos y gustaba recitarlos al peonaje alrededor del fogón en mis viajes a las saladeros del Brasil con tropas de ganado.

He escrito poco últimamente porque la maldita política no me da tiempo. Soy el presidente de la Liga autonomista escocesa y todo se me vuelve discursos.

Con un cariñoso saludo siempre suyo amigo y admirador.—*Roberto B. Cunningham Graham.*

Alguna vez integraremos la publicación de este epistolario con las demás cartas, que por referirse, en parte, a nuestros propios libros, creemos fuera de la intención de estas notas. Mientras tanto, queremos agregar algunas palabras acerca de los últimos días de don Roberto en Buenos Aires sin detenernos a subrayar los rasgos más salientes que ofrecen las cartas que insertamos en este intermedio.

III

Don Roberto llega a Buenos Aires a principios de este año, después de resistirse aún a hacerlo, desde Río de Janeiro, a fines del año anterior. Prefiere por entonces volverse a Londres para corregir las pruebas de su último libro *Mirajes* que contiene entre otros, dos cuentos criollos, *Carlos, el gaucho* y *Facón grande*, así como dos impresiones españolas: *Los niños toreros* y *Casas Viejas*, 1933.

Antes de partir nuevamente de Londres, alcanza todavía a prologar un manojito de antiguas cartas de Hudson

que encuentra entre sus papeles. Llega, pues, a Buenos Aires, sin esperanzas de retorno, como con el presentimiento de su muerte.

Entre nosotros, el número de sus admiradores ha aumentado considerablemente desde 1930. Una estación de la provincia de Buenos Aires lleva el nombre de «Don Roberto». El Museo nacional de Bellas Artes exhibe en una de sus salas de la avenida Alvear su retrato a caballo que ha tenido la gentileza de obsequiarle el mismo. Su figura trasciende ahora más allá de los círculos literarios. Cierto, que ninguno de sus libros se ha traducido a nuestro idioma; y nuestro propio ejemplo de arrimar algunas de sus páginas más características no ha encontrado émulos. Pero su fama es ya inseparable de la de su amigo Hudson; y un deseo de reparar por su intermedio la injusticia cometida con el autor de *Allá lejos y hace tiempo* se advierte en el número de los homenajes que se le prodigan.

Don Roberto comprende y deja hacer, aunque todo ese ruido, en verdad, no lo hace feliz. Los que menos tienen que ver con su espíritu, son precisamente los más empeñados en festejarlo, no en comprenderlo. Después de varias recepciones y conferencias de esas de que no se libra ningún huésped ilustre en Buenos Aires, todavía se le prepara una fiesta en lo que queda de la antigua estancia de *Los Veinticinco Ombúes*, en los alrededores de Quilmes.

Pero don Roberto la rehuye, cansado, y un día se adelanta a visitar la casa de su amigo Hudson, poco menos que a solas. Una impresión extraordinaria lo sobrecoge en ese pobre rancho y desde allí mismo trata de expresársela en una carta a Morley Roberts, el más antiguo compañero de Hudson.

En otra que dirige a Edward Garnett, al día siguiente, le dice:

«... Si él no la ha publicado pídasela para leerla. Nunca nada me ha impresionado tanto. Mientras estaba escribiendo en aquella habitación pensaba: de qué lugar más insospechado puede salir un genio tan grande; y para que nada faltara, un caballo zaino estaba amarrado a uno de los postes de la casa.... Nos embarcamos de regreso el 26 en el Almeda Star.»

Este barco sólo se lleva el cadáver de don Roberto a Inglaterra. Una multitud lo acompaña desde el local

de la Sociedad argentina de escritores hasta la dársena. A su cabeza van, en mudo homenaje, los famosos caballos de Tschiffely: Mancha y Gato.

Pero, desde luego, los discursos no faltan. Quienes a diario reniegan en nuestro tiempo de cuanto era más caro a don Roberto en el suyo, aprovechan la ocasión para cubrir sus restos de lugares comunes: la raza, la caballería, la élite...

Por suerte, el ministro inglés tiene algunas palabras sensatas:

«El mundo se empobrece—dice—con la muerte de Cunninghame Graham, amante de la libertad, amigo del pueblo, campeón de la reforma, en épocas en que la reforma no era siempre popular, defensor de la causa de las pequeñas naciones y de los pueblos atrasados... que, probablemente, se sentía más *at home* en las pulperías que en el Plaza Hotel.»

Pensando en don Roberto, ahora, a varios meses de su muerte y en lo peor de la gran tragedia española, sentimos más que nunca este empobrecimiento. Porque de hallarse aún entre nosotros, cerca o lejos, de seguro que su voz se habría levantado sobre todas las altas voces del mundo para condenar a los generales perjuros que pretenden imponer a sangre y fuego el fascismo en España.

¿El Autor o la Obra?

POR Benjamín Subercaseaux

«No vivimos en un universo simple, pero sí, probablemente, en un *Pluralistic Universe*, a lo William James; todo empuje lógico que pretende seguir indefinidamente una misma pista conduce a un atolladero; en cambio, un pensamiento libre vive en una encrucijada perpetua.»

A. THIBAUDET.

La crítica literaria se ha afanado en diversas orientaciones, buscando en cada una de ellas la solución total de sus problemas. La Obra, objeto mismo y pasto de la

crítica, ha concentrado en sí todas las búsquedas encaminadas a ceñir la verdad.

Todo esto nos parece acertado, más aún, indispensable. Sería absurdo pretender hacer la crítica literaria de un hombre sin conocer su obra o sin que ella exista. La obra, el libro, es la «materia», el exponente, diagnóstico y mensaje a la vez, de un alma que siente la absoluta necesidad de expresarse en forma universal, escrita.

No obstante, surgen en torno de este método dificultades y limitaciones. En primer término, la obra encierra influencias extrañas que han sido el apoyo del autor para expresar lo suyo propio. Hay en todo producto del espíritu algo de *objeto preexistente*, cierta continuidad con la corriente espiritual que viene animando a la Humanidad desde que los hombres piensan y escriben. El sentirse sumergido en esa corriente ha sido siempre una necesidad en todo escritor. Cada hombre de letras, por poco que se aparte de su amor propio, tendrá que confesar esa necesidad íntima de la influencia que lo ha sostenido desde el comienzo y que desde entonces también se esmeró en ocultar como el más grave, el más vergonzoso, el más humillante de los pecados.

Otro pudor más que cargaremos a la cuenta de las gazmoñerías del siglo pasado. André Gide nos ha hecho ver en forma magistral, el papel importante que juegan las influencias como pretexto del propio desarrollo y como hilo conductor del pensamiento, que le asegura su continuidad y lo orienta a su meta.

Eludida esta primera dificultad — más aparente que real — surge una segunda, que llamaremos «el aporte de Dios», o sea, todo aquello que el autor no se proponía hacer y que, en ocasiones, resulta de más valer que lo pensado. Producto del inconciente, se me dirá. Desde luego; el hombre no vive sólo en los momentos en que toma la pluma. En cada hora, en cada instante su espíritu registra infinidad de impresiones y reflexiones que se almacenan y distribuyen en extrañas combinaciones impensables — y por ende, inconcientes — que sólo adquieren formas y relieves en la madurez de la pluma. ¡Y sabe Dios si el aliciente mayor para los que escriben no es este aporte de lo desconocido que nos permite, a la vez, ser actores y espectadores de nuestra propia obra!

Desgraciadamente, los hombres no pueden ser observados exteriormente en su parte inconciente. Más aún, este «aporte de Dios», suele estar en oposición con la opinión exterior que nos hemos formado de un hombre, de tal manera que llegamos a dudar de su sinceridad, de nuestra pericia, y lo que es peor, de la estabilidad y seriedad de nuestros conceptos.

Supongamos resueltos estos dos primeros obstáculos; pues bien, no tarda en aparecer un tercero: la «escala de valores». Pero de qué valores, se me dirá: ¿valores intelectuales o valores artísticos? Lo escrito encierra unos y otros. Lo sabemos, y allí está precisamente la dificultad: hay páginas bellísimas que encierran tanta inteligencia como una linda cortesana asilada en un hospicio de imbeciles. Una buena parte de las obras poéticas quedarían relegadas en esta categoría. Tal vez se refería a esto Blanca Luz Brum cuando dijo: «En Uruguay hay cinco mujeres inteligentes, las demás son poetisas.»

Como sea, existe también la inversa: modelos de abstracción y de fuerza intelectual que no poseen el mínimo de belleza necesaria para poder ser asimilados. Esto último ha llegado a ser tan corriente en nuestro país que desconfiamos de aquellos escritores que unen a la profundidad la elegancia y la amenidad — lo que no es aburrido no puede ser inteligente... La belleza unida a la profundidad la llaman frivolidad, acrobacia literaria, «espíritu francés»... En efecto, no es raro ver a un crítico empecinado en descubrir el concepto filosófico de un poema o la arquitectura estética de un ensayo filosófico.

Pero hay más; el término «escala de valores» supone un «metro», una medida. Juzgar la excelencia de una obra y no saber referirla a una obra ideal o a un arquetipo, es laborar en el vacío. Y es precisamente lo que ocurre. No puede haber un padrón literario *exterior* (ya es tiempo que los críticos lo adviertan). El metro lo fija el propio autor. Hay obras que serían excelentes si hubieran nacido como callampas. Con relación a la evolución de un escritor pueden ser francamente deficientes. Y esto es de gran importancia, porque los libros no son «cosas», sino mensajes, materia viva, algo que tiene su garantía, su «reserva en oro» en el mismo autor. Cada obra que no responde a un hombre es falsificación, materia artificial, sintética, algo que no

puede nutrir a la Humanidad en su avance real y progresivo. En todo caso, una falsa experiencia, no vivida. Es a esto a que me refiero en *Zobé* cuando establezco la distinción entre escritores y pensadores.

Tanta duda y vacilación en torno a la crítica que toma por objeto al libro, nos lleva necesariamente a pensar que no es allí donde deben converger estos esfuerzos sino al Autor, al Hombre. Sin ir muy lejos por este nuevo camino, nos toparemos con otra desilusión. El hombre es algo tan pequeñito en relación con su obra que ha llegado a ser proverbial el hecho de que un autor debe permanecer desconocido si verdaderamente ha despertado nuestra admiración por sus libros. No obstante, el hombre es un factor básico en el caso del escritor. No escribe quien quiere sino quien no puede no escribir. La necesidad que lleva a expresar el pensamiento en forma escrita no es «normal» sino producto de una intensa vida exterior que ha buscado allí su refugio por alguna razón poderosa. Sin que la crítica lleve su indiscreción hasta las ideas traumáticas que motivaron esa «introspección», como diría Jung, puede, no obstante, adentrarse en la vida y la ideología de un autor hasta arrancarle la clave de su obra. Es casi una obligación, y cosa curiosa, a los autores les ofende menos que la indiferencia ante su propio complejo. El despecho y desaliento de un autor se debe, noventa y nueve casos en cien, a este empecinamiento del crítico por investigar su obra fuera del autor, huérfana de padre y madre.

Porque grave error sería creer que las obras no tienen madre. Ella es el Público, quien las cuida, las protege y las alimenta. El público, pese a su ignorancia, es el lecho por donde se desliza la corriente tumultuosa del pensamiento humano, el *stream of consciousness* colectivo. Las obras del espíritu son asimiladas o rechazadas en relación con el empuje que dan a esta corriente o a la transparencia que comunican a sus aguas. Hay algo de esto en el éxito que han tenido los ensayos y el desprestigio en que han caído esos retornos al pasado que son las obras académicas o arcaizantes. La novela misma subsiste gracias a su metamorfosis en ensayo, poesía y crítica. Estamos hartos de cuentecitos y poemitas. Para eso está el cine que nos dice todo esto más rápido y mejor. La Madre-Opinión recibe, agradecida, el aporte literario de sus

hijos cuando es pensamiento, belleza y vida; lo difunde, le comunica nuevos ecos, estimulando otras iniciativas, y sobre todo, animando al mismo autor que descubre lazos insospechados que le hacen menos ruda la tarea de hermita del espíritu. Hay autores que han salido a luz en brazos de la Madre-Opinión; hay autores a quienes el público ha salvado a pesar de sus críticos.

Terminaré, a manera de resumen y solución de este viejo problema, con estas notas de mi Diario de Viaje que pueden esclarecer en cierta forma la cuestión: «Je relis le manuscrit de mes notes de route. Il est pauvre en détails. J'aurais voulu parler du Chili et je n'ai rien su faire.

«Nos livres nous tiennent et le public tient nos livres. Se sont trois personnalités diverses que l'Auteur, l'Oeuvre et l'Opinion. Chacune apporte une collaboration propre.

«*Le Critique est précisément ce personnage surhumain qui voit les rapports entre ces trois facteurs.*»

Germán Luco, el hombre

POR **JANUARIO ESPINOZA**

Dos apellidos de marca, figura que permitía adivinar una pura estirpe, clara inteligencia. . . . ¡cuántos motivos para dejarse ir hacia la vanagloria! Y, no obstante, pocos hombres tan modestos, como aquel Germán Luco que traté de cerca en Valparaíso hace veinte años y que en nada varió hasta su muerte.

Muchos hay que nos dan una impresión de humildad o de modestia. En el fondo, son grandes comediantes. Pero Germán Luco era la espontaneidad misma. Y resulta paradójal establecer que quien llegó tan arriba como autor dramático, parecía tener en horror todo lo teatral, toda representación. Prefería presentarse a las gentes con el alma desnuda, y sabía burlarse, hasta con ensañamiento, de cualquiera que adoptara ademanes de «poseur».

Lo había conocido yo muy de paso en Santiago, y cuando llegó al Puerto, en 1917, a fin de trabajar conmigo en una publicación hebdomadaria, podría asegurar que fuimos amigos íntimos antes de pocos minutos. Era propio de su especial índole dar inmediatamente confianza, y pedirla, a quien le cayera en gracia. Y ante su fisonomía siempre risueña, franca, fisonomía que no mostraba reticencias ni distinguos, uno se encontraba conquistado inmediatamente.

Abrir el alma a los demás, poner la verdad por encima de todo, he ahí una de sus leyes.

Algo había también de infantil en su carácter. Y digo yo: conservar un poco del niño, ¿no es ya una gran cosa? Ser niño es ser juguetón, pero también espontáneo.

Tal vez una muestra de infantilidad, o más bien de su modalidad afectuosa, era su manía de nombrar a sus amigos con un mote o con un diminutivo. Así, Alberto Romero, uno de sus más recordados compañeros de Santiago, se convertía en «Romerito», Carlos Barella en «Barellita», y en cuanto a Alejandro Walker Valdés, también compañero de tareas, venía a ser «el Pelado» nada más. El dibujante Meléndez, que firmaba entonces «Luis Meléndez O.» quedó reducido a «O» solamente, y solía ocurrir que lo divisara en un tranvía, o por la acera contraria, y le gritara estentóreamente, sin cuidarse de los transeúntes:

—¡Adiós, O!

Puerilidades por el estilo lo divertían mucho. Y la gravedad de Meléndez le daba tema para otras bromas semejantes. Naturalmente nosotros, para seguir su sistema, no podíamos nombrarlo sino «Luquito». Pero Alejandro encontró más propio bautizarlo con una palabra de género femenino que él usaba mucho en masculino para referirse a los otros, palabra que figura en los clásicos, especialmente en el «Quijote», y que yo, sin embargo, no podría repetir aquí sin exponerme a una airada censura. Porque ocurre con las palabras más castizas lo mismo que con la aristocracia: suelen venir muy a menos.

Todas estas puerilidades, como digo, entretenían bastante a Germán Luco. Mas, ¡cuán erróneo habría sido pensar que era el suyo un espíritu indiferente o impávido! No era menester hurgar mucho para descubrir en él al sentimental, y entonces su voz adquiría un tono a la sordina, en que se transparentaba su emoción o su ternura; y veníamos así a caer en mientes que su frivolidad no era sino la débil cubierta de sentimientos más profundos.

Se había dado a conocer en Santiago como dibujante, pero ya en Valparaíso empezó a manifestar su decisión por la literatura. Proyectaba escribir cuentos, novelas, teatro. Ya planeaba o tenía empezada LA VIUDA DE APABLAZA que iba a poner muy en alto su nombre.

Esta afición suya, y su falta de arrogancia, contribuían a que sólo apreciara a los hombres por su talento. Ponia al escritor por encima de todo. Los apellidos no le importaban nada. De sus conversaciones podía deducirse que no tenía otros parientes que Ángel Cruchaga Santa María y Juan Guzmán Cruchaga. Si alguien le preguntaba sus relaciones de familia con algún personaje que llevara sus apellidos, contestaba de mala manera o daba a la conversación otro giro. «Un perfecto aristócrata que despreciaba a la aristocracia» calificaría

yo a Germán Luco. Y digo «perfecto aristócrata» no tanto por sus abolengos ni por su figura y modales, sino por la completa hidalguía, la rectitud de sus acciones. Pocos merecieron tanto como él el epíteto de «caballero». Serlo es seguir una línea sin desviaciones ni torpes extravíos, no hacer nunca nada que acarree una vergüenza.

Su falta de preocupaciones en cuanto a castas, su carencia de orgullo, las probaba de diversos modos. Le placía conversar en confianza con las gentes del pueblo; y más de una vez, cuando andábamos por el muelle o los malecones, se enredaba en charla jocosa con algún cargador o un marinero.

Sólo una vez lo ví fallar en este sentido; pero su renuncio fué en realidad involuntario, y tuvo un resultado algo cómico. Fué una noche que habiendo trabajado hasta después de las doce, despachando el último pliego de una revista, Alejandro propuso salir a fin de comer algo, y nos trasladamos al barrio en que reside la vida nocturna. Al entrar a una casa de cena, nos encontramos con don Martín Saldías Ross, acaudalado caballero porteño que provocara una honda simpatía en Germán, porque era capaz de conversar hasta dos horas sobre temas literarios. Hombre viajado y leído, su conversación resultaba siempre muy interesante. Y no disimulaba su predilección por los escritores. Su cana cabellera, o su estampa de emperador romano, cohibían a Germán Luco para nombrarlo «Saldías» y se quedó «don Martín» para nosotros.

Cenamos, pues, con don Martín, y después de conversar largo sobre libros y autores, así como de otros asuntos importantes, cayó inopinadamente la plática sobre la política, especialmente sobre los probables candidatos a la futura presidencia de la República, y mientras yo, don Martín y Alejandro Walker discutíamos apasionadamente este o el otro nombre, Germán se aburría, porque la política le importaba muy poco. A lo sumo, intercalaba una observación chistosa. En una de estas intercalaciones, dijo:

—Mi tío Juan Luis. . . .

Y don Martín, seco, cortante:

—¿Qué Juan Luis?

—Don Juan Luis Sanfuentes.

Más terminante aún don Martín:

—¡No lo conozco!

Se cortó Germán, y debió sentirse justamente castigado por esa involuntaria salida tan contraria a su real modo de ser.

Otra de las características de Germán Luco era la ausencia de veneno en sus charlas. Existía razón para decir que proyectaba su alma limpia sobre las demás, y que no veía el mal en nadie. No recuerdo que nunca cayera en la debilidad de preocuparse malignamente de los otros. A lo sumo, si se ocupaba de terceros, era para referir alguna incidencia divertida, pero sin que pusiera en ello una torcida intención: el deseo

de un sano regocijo solamente. En todo caso, ya sabemos que cuando nos reímos de alguien es porque le perdonamos todo.

¡Qué contraste hacía con Germán un escritor argentino que tuvimos por allá de visita durante una semana! Aquel hombre, bajo, cenecio y cetrino, era un saco de alacranes: según él, no existía en Chile ni en Argentina un escritor que valiera la pena. Su conversación nos producía malestar, como si nos faltara el aire. Pero en presencia de Germán se mellaba el filo de su maledicencia, pues éste le interrumpía con alguna chirigota, y para que no se enojara le daba un abrazo:

—¡Qué cuyanito más simpático!

Después de aquel año o poco más en Valparaíso, año de labor intensa y de pocas diversiones, dejamos de vernos mucho tiempo. Cuando reapareció ante mis ojos, ya cansado y con hijos, siempre esa fisonomía reidora y abierta, siempre digno de ser llamado «Luquito». Nada había enturbiado su alma selecta a través de posibles tropiezos y abrojos.

¡Quien podía presumir que detrás de su jocundidad se agazapaba la muerte! Pero parece que la traidora anda más cerca de aquellos que merecen el calificativo de «joviales», es decir «nacidos bajo el signo de Júpiter». Así, alguna razón tendrían los griegos para decir que el amado de los dioses muere joven.

Pro y Contra

Apuntaciones sobre Pablo Neruda

POR Norberto Pinilla

«La belleza es la eternidad
contemplándose en un espejo:
pero vosotros sois la eternidad
y el espejo.»

KAHLIL GIBRAN.

Las conferencias no tienen mi simpatía intelectual; porque no son, en general, fértiles para el oyente. Muchas veces dan una pseudo cultura sin validez ni consistencia. Hacen creer que se es culto, cuando solamente se conoce la cáscara de los problemas.

El verdadero saber es una conquista dolorosa y trabajosa. Sólo después de muchas jornadas de estudio, se logra penetrar en el corazón las cuestiones esenciales.

La conferencia titulada: EL NUEVO ARTE POETICO Y PABLO NERUDA, me parece una excepción. Su autor es ingeniero. Ha pulido y ordenado su pensamiento en la abstracta disciplina de las matemáticas. Sus observaciones son justas. Arturo Aldunate Phillips sabe gustar la poesía nueva y —maravilla de la palabra sincera— sabe hacer gustarla. Resultó un festín para la inteligencia y la sensibilidad. Con voces sobrias, con método preciso fué analizado y glosando pasajes poéticos de Neruda. La palabra concreta, ácida, trágica del poeta vibró con toda la fuerza y sugerencia de su música verbal y exótica. Era el milagro de un temperamento rico que interpretaba al poeta en sus notas pacas, de gong lejano y quejumbroso.

Divide Arturo Aldunate su conferencia en dos porciones. La primera trata de los supuestos vitales, filosóficos, artísticos y mecánicos de esta época tormentosa de la civilización. Sin captar el sentido de esta etapa histórica, no se puede sentir ni comprender el arte desgarrado de los poetas.

El poema no es producto transferible. Opera ante cada persona de modo diferente. Muy bien lo expresa Aldunate al terminar la primera parte: «Podríamos decir que el poeta lanza al espacio la vibración de su canto y cada uno lo repite hacia adentro como un eco. Según sea nuestro material, cobre, plata, metal vibrador o sorda madera, será la armonía que percibiremos en nuestro interior.»

Justa manera de decir la verdad. Nunca como hoy necesita el poeta de tanta inteligente cooperación del lector. Además, las palabras de Aldunate recuerdan la teoría de los diapasones del gran filólogo Amado Alonso: el hombre es un diapason afinado a determinado compás y vibra únicamente cuando encuentra su tono peculiar. No es capaz de registrar otros sonidos. Es la fatalidad de la limitación impuesta por la naturaleza.

Acostumbrado al estudio de las ciencias del número, el autor carece —bella carencia— de dogmatismo. En un folleto anterior escribe: «El hombre no será poseedor, en esta vida, de las verdades últimas, pero mientras sienta palpar en sí el ansia de verdad, podrá clavar los ojos en lo alto.» (EL PROBLEMA DE LAS UTILIDADES Y LA CRISIS ECONOMICA ACTUAL. Imp. Nascimento, Santiago, 1934, p. 6.)

Y el ansia de verdad es de tal linaje en Aldunate que lo ha hecho ir en pos de la belleza dolorosa de esta hora electrizada de interacciones dramáticas y turbadoras.

Se necesita, además, un estudio panorámico de la poemática de Neruda. En cierta ocasión hice notar tal falta (REVISTA DE EDUCACION, Santiago, Octubre de 1933.) De modo, pues, que la segunda porción de la conferencia ha venido a satisfacer un anhelo sentido por muchas personas. Debo, por consiguiente, congratularme que parejo trabajo se haya realizado con la probidad, entusiasmo y eficacia demostrada por Aldunate.

No es un estudio de un esteta de nuevo cuño, sino de un observador inteligente, comprensivo y capaz de sentir y entender el verbo metafórico, cerebral de Neruda; una persona que ha escrito, en el folleto citado: «No creo en los hombres que tienen ideas definidas sobre los problemas humanos; sólo tienen ideas fijas aquéllos que no piensan. El pensamiento es un proceso de creación en marcha y a medida que nuestro cerebro trabaja, el horizonte y las posibilidades cambian.» (p. 6.) De ahí esa fuerza de simpatía comunicativa que fluye, como aroma sutil, de las páginas de su conferencia.

2.—Nació Neftalí Reyes (Pablo Neruda) en Parral, en 1904. Hizo sus estudios de humanidades en el Liceo de Hombres de Temuco. En Santiago se matriculó en el Instituto Pedagógico, permaneciendo tres años en la mencionada escuela universitaria. No terminó el curso de Francés, porque se dió cuenta que no tenía vocación docente. Por ese tiempo (1925) entró al servicio consular chileno. Con tal motivo se fué a la India milenaria y misteriosa.

El cultivo eficaz y entusiasta de la poesía lo inició, cuando todavía era estudiante secundario. Es así como, hojeando periódicos de adolescentes de Temuco y Chillán, se encuentran en esas hojas pueriles e ingenuas, las primeras muestras de su obra. Quiero señalar, especialmente, el mensuario RATOS ILUSTRADOS de Chillán. Los eruditos que gustan rastrear en la prehistoria de los grandes líricos, tendrán que compulsar esa colección. Allí encontrarán la firma de Neftalí Reyes repetidas veces.

En 1921 se vino a iniciar sus estudios universitarios a Santiago. Fué alumno si no brillante, aprovechado. En la capital se entregó con singular fervor a la publicación de sus poemas. En CLARIDAD encontrarán también los eruditos otro filón de poesías. Pero ahora las firma Pablo Neruda.

El seudónimo que lo ha hecho popular y famoso en el mundo de las letras, está tomado de Jan Neruda, cuentista checo de técnica notable. Leyó Pablo el cuento titulado EL VAMPIRO, reproducido—si la memoria no me traiciona—en la revista socialista ESPAÑA. El cuento es cabalmente una obra maestra de su género. Hombre de fina sensibilidad, Neftalí quedó muy impresionado. Aquel apellido eufónico y exótico lo cautivó. De ahí viene su nombre literario, nombre de ancha resonancia para gloria de la poesía chilena.

En 1921 su poema: LA CANCIÓN DE LA FIESTA fué laureado por la Federación de Estudiantes de Chile. Tal triunfo hizo muy conocido al joven poeta de la multitud universitaria y provocó comentarios favorables de la crítica.

El ritmo del verso y la regularidad estrófica recuerdan la técnica del gran Darío. Es el período de formación literaria. Es la época de los fervores y admiraciones. Por otra parte, Neruda ha reconocido públicamente la influencia que en él

ejerció Carlos Sabat Ercasty. (Véase: «Una advertencia del autor», en EL HONDERO ENTUSIASTA, Ed. Letras, Santiago, 1933.)

Cuanto se refiere a un plagio, que espíritus demasiado alertas denunciaron, no tiene valor. En efecto, una nota que dice: «Este poema es una paráfrasis de una composición de EL JARDINERO, de R. Tagore», se suprimió en las ediciones chilenas por error que no tiene la importancia que se le atribuyó. En la publicación argentina de: VEINTE POEMAS DE AMOR Y UNA CANCIÓN DESESPERADA (Ed. Tor, Buenos Aires, 1934, 4.ª ed.), se puede leer la nota que cito, en la pá 76, correspondiente al poema N.º 16.

3.—Pablo Neruda nació poeta. De suerte que su periplo estético se inició—como queda dicho antes—temprano. Su primer libro CREPUSCULARIO (1923) le conquistó el aprecio de la juventud chilena y extranjera. El segundo volumen publicado, pero en rigor el tercero compuesto: VEINTE POEMAS DE AMOR Y UNA CANCIÓN DESESPERADA (1924), le dió justa fama de poeta.

La crítica oficial y la otra le dedicaron comentarios elogiosos. Sin embargo, fué en el exterior donde Neruda obtuvo sus mejores éxitos: nemo propheta in terra sua. (Dicho sea en latín más eclésiástico que clásico.)

Ahora voy a detenerme sólo en un verso de este libro. Pero entiéndase en el sentido estricto la palabra verso: frase poética. Dice Neruda en su poema N.º 14:

«A nadie te pareces desde que yo te amo.»

Se podría escribir, al margen de este verso, un ensayo sutil acerca del amor ¿Qué es el amor que tiene la magia de producir tan precisa y nítida distinción hacia el ser amado? No se repita—por falso y absurdo—que el amor es ciego. Pienso que es, precisamente, lo contrario: un argos vigilante de cuyo centenar de ojos salen otros tantos haces de miradas atentas y escrutadoras. El amor es una superatención para con el sujeto amado, una superatención irradiante que condiciona de manera distinta el ver. De allí que su visión sea diversa a la común. Por consiguiente, al poeta le asiste la más sólida lógica para decir: «A nadie te pareces desde que yo te amo.» Esto es, en el estado amoroso posee cien ojos para mirar a la mujer amada. ¿Cómo, pues, se puede parecer a ninguna de sus congeneres?

Por este verso tiene todavía otro aspecto: la cortesanía. No conozco un decir más fino, más nuevo para dedicárselo a la amada. La poesía sigue siendo, por lo tanto, manifestación de cortesía, de galantería en alguna de sus formas más actuales.

Neruda da un verdadero salto de acrobacia lírica en su

libro: TENTATIVA DEL HOMBRE INFINITO (1926). El arte literario es, en este libro, juego de ingenio. ¿No sostiene una teoría estética que el arte es acción lúdica?

Y en este poema caótico, desarticulado, sin puntuación ni mayúsculas, asoma el neo-simbolismo barroco y romántico de Neruda, con persistente melancolía, con acento de imprecación en sordina: la tristeza del hombre tirada entre los brazos del sueño, campea en el curso de las páginas del opúsculo. La unidad poética de: TENTATIVA DEL HOMBRE INFINITO no está en el conjunto, sino en los elementos: imágenes, versos, metáforas o voces aisladas. Es preciso, para penetrar en el mundo, sin leyes, del poeta, ir sintiendo, poco a poco, las porciones autónomas, solitarias de la composición. En el poema hay lampos de luz intermitentes e interdependientes sin otro contacto que la orquestación de los sonidos y de las sugerencias. En otras palabras, son como círculos de imágenes sonoras, pero tangentes. Acaso de ahí venga la incoherente impresión que da el texto al lector sin disciplina.

La poesía de hoy es música verbal antes que expresión discursiva del sentimiento lírico del poeta.

En su último libro: RESIDENCIA EN LA TIERRA (1933, edición chilena) Neruda consigue superar la «tentativa del hombre» y estructura su canto con el verbo abstracto del hombre dilacerado de la época trágica que vive la humanidad.

Pero de este libro, en el cual el genio muestra más de una faceta, habla Aldunate con exacta emoción y observación. No es, por consiguiente, necesario insistir. En otra oportunidad he escrito de RESIDENCIA. Mi aprobación ha sido amplia.

Sin embargo, conviene insistir en algunos aspectos del mágico realismo abstracto de Neruda. En efecto, sus versos son grávidos de voces de crudo realismo, pero dado a la musicalidad del acento casi pierden su contenido y son simples grupos vocálicos de sonoridad.

En el segundo tomo de RESIDENCIA EN LA TIERRA (1935, edición española) se ve la influencia del saber idiomático. Neruda ya no es sólo un lector de poetas franceses e ingleses. Ha descubierto personalmente a los clásicos españoles.

En la presente glosa quiero llamar, de paso, la atención a la regularidad rítmica de varios de sus últimos poemas. Neruda ha comenzado el gran aprendizaje de la lengua española.

4.—La poesía de Pablo Neruda—iluminada por exóticos vitrales—no puede ser gustada por todos sus lectores. Dos bandos disputan. De un lado están los admiradores incondicionales; de otro, quienes le niegan sus evidentes méritos. Olvidan éstos que todo poeta verdadero es un hereje con respecto a sus predecesores. No podría ser de otro modo. La vida y el mundo se plasman en sus versos de manera distinta, nueva.

Ahora recojo el RETRATO DE UN POETA de Lisardo Zía.

Los lectores de Pablo sentirán emoción ante esta pintura poética que, por ser poco conocida, tiene un algo de primicia:

Este
Neruda
Tan vertical sobre la móvil tierra,
Del Norte al Sur, del Este hasta el Oeste,
Con su nombre guerrero y con su guerra.
Residente terrestre, ultramarino,
El conoce los signos de la muda
Niebla del más allá del horizonte.
Sabe del cielo mar, de su destino
Que es líquido y celeste,
Y está en él, como alzado en la desnuda
Cabecera de un monte,
Este
Neruda.

Afinado en el feudo de los sueños,
Experimentador y experto en soles,
Tiene así como cósmicos empeños
De empujar a los astros con la frente.
Pero baja también, y de repente
Llega a los subterráneos caracoles
De blanda, pura piedra florecida,
Buscador de los jugos de la vida
Con el rayo tenaz y más profundo.
Indivisible, perforante, entero,
Mínero natural, vital mínero
De los óleos del mundo.

Nutrido por potentes vitaminas.
Hiel, sal y miel y cal y sol mezclados,
Sobre las estaciones y las fechas
Rinde dobles cosechas
Peregrinas,
Con sus completos frutos madurados
A humor fértil de tierra y luz de cielos,
A emanación salar de mar henchida
Que salta, rompe y rasga paralelos
Hurgante,
Urgente, urgida.
Como la mar, oceánico y andante
Mareador de mareas y tifones
Entre los archipiélagos dorados,
Residente terrestre y navegante,
Director de los pájaros callados,
Centinela del sueño de los leones
Con el arma del rayo
Y del poema,

Afilada en la piedra azul suprema,
Bajo el cielo sin vértigos malayo.

Sin vértigos. Sereno, abierto al Oeste,
al Norte, al Sur, al Este, en la desnuda
faz de la tierra, entre los vientos, este
Neruda.

He aquí la imagen de este orquestal chileno que es Neruda.

Santiago de Chile, Julio 7 de 1936.

El Pablo Neruda de Arturo Aldunate

POR Benjamín Subercaseaux

El título que encabeza estas líneas lleva en sí cierta «premeditación y alevosía». Los que han escuchado y leído la substanciosa conferencia de Arturo Aldunate deberán haber sentido el delicioso aroma que despiden los trozos escogidos. Los «Morceaux Choisis», donde, al decir de Gide, «on a mis tou; ce qu'on a dit de mieux sur n'importe quoi», tienen la particularidad de causarnos una inmensa satisfacción junto con un gran desconocimiento del autor que se pretende dar a conocer. En el libro de Arturo Aldunate hay una hermosa variedad y una magnífica selección afinada al temperamento del conferenciante que nos obliga a dudar si nuestra admiración por Neruda está o no ajena a la otra: aquella que sentimos por el espíritu que seleccionó el material armonioso de esta charla.

Es así, en realidad, y esto marca, por lo menos, dos problemas fundamentales que ha de abordar el crítico: el Neruda de Aldunate, o todavía, Aldunate y Neruda.

Desde luego, nuestro hombre es un espíritu vivo, de buen gusto, hombre de mundo, matemático—esto último lo confiesa él mismo—y también un poeta, pero esto no lo dice, más aún, se esmera en dejarlo ignorar. Sin embargo allí está la chispa que provoca esta explosión de entusiasmo por la obra compleja de Neruda, allí está la conferencia, su comprensión, la selección, todo. La natural modestia de Arturo Aldunate ha debido maldecir este giro que ha tomado mi comentario, pero no habría sabido evitarlo; Neruda, pese al conferencista, no es «el Neruda de Aldunate». Su libro es, sí, una excelente guía para acercarse al poeta, sin temor; para llegar a compren-

derlo y ¿por qué nó? para criticarlo también con menos remordimientos. Porque hay algo de una y otra cosa en el que estudia a este alto exponente de nuestra poesía moderna. Neruda es el mago de nuevos encantamientos, el creador del Hombre-Poeta, el Macho actuando dentro de la belleza sin necesidad de clámide, de lira y cintas celestes: es el hombre desnudo y peludo que no desmerece al salir de la palestra ni se contagia con el perfume cursi de las Musas. ¿Quizá si allí no está su mérito mayor!

Pero frente a esta actitud hermosa hay cientos de errores y horrores que ha provocado entre nosotros la obra de Neruda: hay el Creacionismo y los espantables estudiantes de Leyes y Medicina que han repartido el contagio de esa nueva enfermedad que llaman «la Poesía chilena nueva». Y, por fin, hay el otro Neruda; no aquél que trata de justificar Aldunate diciendo «que todo movimiento humano tiene su verdad en sí mismo y es respetable y verdadero desde que existe». Todo arte debe ser respetable; es cuestión de urbanidad. También es verdadero, por definición, puesto que existe. Pero hay el otro Neruda y esto es otro asunto; hay aquella manera suya que no nos convence de su legitimidad artística, y es a ella a la que me refiero.

Descartemos desde luego las dos viejas tácticas: aquellos que rechazan porque no comprenden, y los otros que aprueban a priori y acusan de incomprensivos a quienes no comulgan con su modo de pensar. Es la eterna querrela en torno de las novedades. Siempre el ortodoxo ha condenado sin estudiar ni comprender y el fanático ha aplaudido en un «cree o te mato por incomprensión». Ya es tiempo que alguien comprenda y, no obstante, critique. En Arturo Aldunate hay algo del fanático, por lo menos en esta ocasión. Es cierto que ambos bandos tienen zonas de batalla comunes y que no es fácil saber en un momento dado si defendemos el nacimiento de una nueva idea o si la hacemos abortar, por temor de que la asesinen al nacer.

Entre mis libros curioso tengo un Manual para escritores que sigue un método extraño: contrariamente a otras obras de esta índole que suelen mostrarnos lo mejor que ha producido cada autor, vemos en este libro los mayores disparates en que han incurrido los príncipes de la pluma, poniéndonos así en guardia contra sus errores, que ya es cosa grande no decir sandeces aunque no se haga obra genial. Algo así quisiera hacer en este estudio, no para desprestigiar a Neruda en su fama ya consagrada sino para poner coto a este pecado de lesa majestad que nos atribuyen los fanáticos del Arte Moderno cuando ponemos reparos a su exclusivismo, a sus extravagancias, y lo que es peor, a sus incompetencias manifiestas que se escudan en la nebulosa de la «incomprensión». Imposible hacerlo en un artículo como este. Limitémonos a formular algunas ideas aisladas.

* * *

El primer pecado de Neruda es ser sudamericano. No tiene remedio; reprochárselo sería pecar contra Natura... No obstante, esta condición de indo-americano trae consigo algunas características que son curiosas. En primer término, la perpetua nota trágica, fatalista, triste pero de mala tristeza, más aburrida que triste, algo penoso y desprovisto de ternura.

Esa «cruz de luto entre mis cejas», ese «viento de los sepulcros que acarrea, destroza, dispersa tu raíz soñolienta». Esa muchacha en quien «todo es naufragio». Jamás o contadas veces, un poco de alegría, de dulzura en el vivir, de optimismo. Espantan estos pueblos que, viviendo bajo el sol, frente a sus montañas claras y a sus mares profundos, cargan sobre sí la extraña maldición del desaliento enconado, de las palabras agrias que gritan la escasez de sus almas menguadas.

Luego viene «l'imagerie», que sería hermosa si no abundara tanto y, sobre todo, si no supiéramos que ella reemplaza la visión oculta de las cosas que han de ser expresadas en palabras inefables. ¿Para qué

«casi fuera del cielo ancla entre dos montañas
la mitad de la luna?»

¿Para qué esos «metales azules» que acuden al verso en forma invariable y monótona cada vez que se habla de la noche? Hay en la noche algo que no son estrellas ni luna ni azul (menos todavía, metales) y que es más noche que la noche misma; algo que subsiste hasta en las noches nubladas, algo que buscaremos inútilmente en las imágenes, en los objetos, algo que está dentro y que no encontraremos si no lo llevamos desde el principio. Es «lo propiamente humano», que vive entre nosotros y no obstante, se anida mucho más allá de la metafísica. Desgraciadamente el sudamericano es el ser más desprovisto de humanidad que yo haya conocido jamás.

Neruda, poeta al cabo, ha sentido su propia condición y ha sabido crear algo grande de su propia nada:

«Sucede que me canso de ser hombre
.....

No quiero seguir siendo raíz en las tinieblas»

Bien por él si no lo quiere. Sus discípulos, en cambio, no piden otra cosa...

¿Y qué diré de la incapacidad para amar! Digo: amar, con fuerza, con dignidad, con dulzura viril y sostenida, sin histeria.

«Ella me quiso, a veces yo también la quería...»

¡A veces, sólo quieren a veces; en el último estertor de una raza que se extingue!

* * *

Pero, se me dirá, todo esto es Psicología y no Estética.

Puede ser; aunque sostengo que mal podríamos nosotros los hombres hacer estética para otros hombres si echamos la psicología por encima de la borda... La deshumanización del Arte no ha pasado de ser una paradoja tonta que puede divertir a un snob, a un excéntrico, pero que nunca tendrá acogida entre los valores realmente humanos. Aldunate nos muestra en su estudio la liberación progresiva del Arte, primero en su carácter de copia servil de lo exterior, luego en su emancipación de la Naturaleza. Todo esto está muy bien; pero, me pregunto yo, el hombre y su espíritu; no son también «naturaleza»? ¿O se pretenderá también liberarse del alma para llegar al «creacionismo puro» (¿creación de «quien» y para «quienes»?), al trabajo del artífice, del demiurgo? Los psiquiatras conocen muy bien el origen de estas pretensiones...

Ad majorem Dei gloriam, Neruda no está loco. Su indiscutible talento ha reaccionado sobre su muy discutible gusto artístico, y en sus últimas obras: EL FANTASMA DEL BUQUE DE CARGA y SOLO LA MUERTE hay algo de las directivas que tan brevemente formulamos aquí.

En cuanto al conferencista, bienvenido su entusiasmo y su esfuerzo en esta tierra desfalleciente y fría. Sus observaciones ayudan, su inquietud estimula. Que me perdone si, al terminar, me permito hacerle un grave cargo a lo que podría llamar «su ingenuidad en el oficio». Neruda se le ha revelado súbitamente, lo ha arrastrado a ciegas haciéndole perder un tanto el sano espíritu crítico. En seguida, y por esta misma razón, parece haber olvidado que Neruda no es el primero ni el último... Hay una larga historia del Arte moderno que le habría quitado confianza pero le habría añadido precisión. El Neruda de Aldunate se alza como un punto en la eternidad, sin relación con otros valores ni con la Historia literaria ni siquiera con esa buena duda sistemática tan necesaria para emitir un juicio crítico. ¿Los versos de Neruda habrán hecho de Aldunate una víctima más en este novísimo proceso de «deshumanización»?

La Sociedad de Gente de Letras

Gastón Rageot acaba de terminar el quinto año de su brillante y fecunda presidencia de la Sociedad de Gente de Letras.

Yo era miembro del comité de esta Sociedad, cuando, hace ya buen tiempo, él hizo allí su estreno. Sus primeras intervenciones sorprendieron por su claridad, su precisión y vigor a los más antiguos, los cuales habían trabajado bajo la presidencia de hombres como Edmundo About, Arsenio y Enrique Houssaye, Julio Claretie, Emilio Zola, Pablo Hervieu—para no citar sino a los muertos—y nos entregaban la tradición. Recuerdo que, después de algunos meses de colaboración, algunos de ellos nos dijeron a propósito de Rageot: ¡He aquí un presidente para más tarde!

Por mucho tiempo, demasiado tiempo para mi gusto, y a pesar mío, las seis últimas veces, estuve yo mismo en el gobierno de la Sociedad. Poniendo mi amor propio en desempeñarme lo mejor posible, con la ayuda cordial y segura de los que me rodeaban, traté de mantener la unión entre sus miembros aumentando así su fuerza moral y su poder material, y de adaptarla sin brusquedades a las condiciones de la vida moderna. En toda justicia, es necesario reconocer que entre las dos presidencias dichas de Pierre Benoît, hábil instalador de la Sociedad en el Hotel Massa, y de François Mauriac, clarividente obrero de todos los esfuerzos necesarios, y en espera de la de Juan Vignaud, que ha hecho en otra parte su prueba de buen «ministro», Gastón Rageot animó y dirigió con acierto esta obra colectiva.

En el momento en que se aleja, tal vez convendría testimoniarle alguna gratitud. Es esto solamente lo que hizo, con su gran espíritu de justicia, Jorge Duhamel, en la alocución que marca el cuarto de hora de su presidencia, que unánimemente se le quería ofrecer por un año. Es también lo que, con el mismo sentido de equidad y muy calurosamente, se adelantó a hacer, en su discurso de instalación, su sucesor, el novelista y crítico Jean Vignaud, de quien se espera confiadamente la continuación de los esfuerzos desarrollados durante cuarenta años, con método, acierto y unidad de miras, por todos los comités sucesivos.

En esta época en que tantas instituciones, minadas ya por su inercia interior, ya por su propia decrepitud, son cuerpos sin vida, melancólicos vestigios del pasado, la Sociedad de Gente de Letras no deja de crecer y desarrollarse, de aumentar su autoridad moral y su poder material, de agrupar las diferentes fuerzas literarias de hoy día.

También, para los escritores, es una política de Gribouille desacreditarla con ataques injustificados, con engañosas pro-

mesas de reformas quiméricas, diez veces estudiadas y siempre abandonadas por imposibles y peligrosas.

Como todas las obras humanas, la Sociedad sin duda no es perfecta. Pero la experiencia ha probado que es perfectible. Por lo menos no hay que correr el riesgo de desmantelar, con tumultuosos golpes de efecto, los más poderosos instrumentos de protección, de ayuda, de defensa y solidaridad que el mundo de las letras tiene a su servicio.

Desde que François de Curel, Paul Hervieu y Marcel Prévost me ingresaron a ella en calidad de socio, he oído muchas críticas y presenciado muchos ataques. Espectáculo que me ha dado una filosofía amable sobre estas bruscas y pasajeras efervescencias. Después de seis meses de presencia en el comité, los «renovadores» de buena fe reconocen pronto que allí la renovación es incesante y que las adaptaciones posibles se efectúan cuando pueden llevarse a cabo sin daño.

En estos dos últimos años el comité ha preparado y hecho aprobar dos leyes: una conocida bajo el nombre de ley León Bérard, que prorroga por un lapso de tiempo igual al de la guerra la propiedad literaria, de la cual los escritores no pudieron beneficiar durante la tormenta; la otra, que por el doble depósito legal de todas las obras publicadas, puede y debe, si se la aplica seriamente, organizar el control efectivo de las ediciones. (Si, a causa de negligencia en el servicio público encargado de esta labor, depósito y control resultan insuficientes, otro proyecto, muy seriamente estudiado por la Sociedad, está pronto para ser puesto en acción. Asimismo, se han contemplado soluciones prácticas para el régimen de los gabinetes de lectura.)

Los que saben cuanto tiempo y trabajo se precisan para hacer votar una ley por las Cámaras, agradecen al comité haber obtenido el despacho de estas dos.

Para darnos cuenta de las dificultades vencidas, recordemos que a pesar de su prestigio y su buena voluntad persuasiva, Eduardo Herriot, Ministro de Instrucción Pública, no ha conseguido hacer discutir su proyecto de ley sobre «impuesto al dominio público», presentado a petición de la Sociedad de Gente de Letras, que ha trabajado tanto por esta justa reforma. No olvidemos tampoco que, a pesar de su ascendiente sobre sus colegas, y cualquiera que haya sido su interés en servir a las letras, no ha logrado hacer aprobar su ley sobre Contrato de Edición. Sin embargo, no se trataba, como en el caso de las dos primeras leyes de que hemos hablado, de simples proposiciones debidas a la iniciativa parlamentaria, sino de proyectos de ley presentados por el Ejecutivo.

Gastón Rageot estaba en los directorios que aumentaron sabiamente, por etapas sucesivas, los derechos de reproducción. Evitando los riesgos de desinteligencia con los diarios, contribuyó así a aumentar las entradas de la Sociedad y las de los socios cuyas obras son reproducidas.

En fin, activo y vigilante, se ha ingeniado para sacar el mejor

partido, en provecho de los escritores, del cinema y de la radiofonía, a los cuales sus predecesores en la presidencia, comprendiendo el vasto dominio que estos inventos ofrecen a los literatos, trataron de extender desde un principio los derechos de autor.

En más de una función social, qué de diligencias personales y de dolorosas confidencias a escuchar, qué de miserias por consolar, y para esto, qué de incesantes trajines por hacer. Y también, en presencia de quejas y ambiciones injustificadas, en presencia de seres quiméricos que, como la cosa más natural del mundo, le piden al pobre presidente nada menos que la luna, con qué firmeza, permaneciendo a la vez humano, paciente, fraternal, se ve obligado a veces a responder «no». Lo que a menudo, y aunque haya puesto la más cordial delicadeza en su rechazo necesario, el interesado no le perdona jamás. Y mientras más dura su autoridad, más se acumulan los resentimientos de esta índole.

Junto con llevar a cabo esta pesada, secreta y cotidiana gestión de que nadie se entera, debe encontrar tiempo y fuerzas para representar a la sociedad donde quiera que actúa. Cuantas veces, al fin de una jornada fatigosa, los diarios anuncian la muerte de un escritor, y el presidente pasa la noche leyendo de prisa algunas páginas de sus libros y preparando el discurso que está obligado a pronunciar. Lo mismo ocurre cuando se trata de alguna de esas frecuentes ceremonias—placas conmemorativas, bustos, estatuas, celebración de un centenario—a las cuales no puede sustraerse cualesquiera que sean su gusto personal y su cansancio. Pero, sin acordarse de la vigilia y el afán de estos trabajos fastidiosos, algunos insidiosos y malévolos no advierten sino los cinco minutos pasados, cueste lo que cueste, sobre un estrado al cual se preferiría no haber subido para alzar la voz.

Por otra parte, es necesario que este esclavo de su función continúe su obra de escritor, que componga sus libros, sus artículos, gane su vida y la de su familia, cosas todas que son su deber esencial y su primera dignidad.

Estoy seguro que el nuevo presidente, Jean Vignaud, tan sutil y experto, desconfiado de las improvisaciones temerarias y poco inclinado a perder su tiempo en antiguallas veinte veces estudiadas y rechazadas, que sólo parecen nuevas a los ignorantes, gobernará la institución con seguridad clarividente y sabia. ¡Seré feliz al aplaudirlo!

Este esfuerzo metódico de cinco años no ha retardado el trabajo personal de Gastón Rageot. Lo que ha hecho por la Sociedad de Gente de Letras no debe impedirnos reconocer el interés, la importancia y propiedad de sus obras. A sus novelas LE JUBE, LA VOCACIÓN DE JUAN DOUVE, UN GRAN HOMBRE, LA DEBILIDAD DE LOS FUERTES, etc., etc., que le valieron sus primeros éxitos, ha agregado otras que, publicadas por grandes periódicos, han cautivado a los escogidos y a la multitud.

Así como sus novelas nos muestran personajes de hoy día, que tienen la sensibilidad y las costumbres del presente, en estos volúmenes de ensayos y de crítica Gastón Rageot estudia con claridad y penetración las ideas de nuestro tiempo. El filósofo —y aun el profesor de filosofía— que es Gastón Rageot, formado en las buenas disciplinas de la Escuela Normal Superior, tiene el gusto de las ideas. Las analiza y discute de la manera más fina. Esta justa comprensión de la vida intelectual y moral de nuestro tiempo, como de nuestras costumbres, presta gran atractivo a libros como SENTIDO UNICO, PUNTOS DE VISTA, LA BELLEZA, EL HOMBRE STANDARD, EL OFICIO DE VIVIR. Veinte volúmenes de este valor atestiguan que, elocuente hombre de acción, Gastón Rageot, que conoce a maravilla toda nuestra literatura secular, es a la vez un escritor de calidad.

(De *Les Nouvelles Littéraires*).

NOTICIAS

VELADA EN HOMENAJE A GERMAN LUCO.—El 17 de Agosto se realizó en el Salón de Honor de la Universidad de Chile una velada en homenaje a Germán Lucó.

En esta ocasión hicieron uso de la palabra: Alberto Romero, quien esbozó algunos aspectos de la obra literaria del novelista y cuentista; Juanario Espinoza, quien se refirió al novelista y al hombre en un trabajo que insertamos en otras páginas; y finalmente, Lautaro García, el que hizo un estudio de la obra teatral de Germán Lucó.

La parte musical estuvo a cargo de distinguidas alumnas del Conservatorio Nacional de Música.

RECITAL DE POESIAS DE EMILIA BERNAL.—El Jueves 3 de Diciembre se efectuó, organizado por la Sociedad, el recital de poesías que la poetisa cubana Emilia Bernal, recién llegada al país, ofreció al público de Santiago.

La poetisa fué presentada por Amanda Labarca. El coro de niñas de la Escuela Normal N.º 2 cantó tres piezas de su repertorio.

ALMUERZO EN HOMENAJE A DON DOMINGO AMUNATEGUI.—El Sábado 12 de Diciembre se efectuó en el Estadio El Llano el almuerzo que la Sociedad ofreció a don Domingo Amunátegui, como reconocimiento de su labor y con motivo de la publicación del último libro, «El progreso intelectual y político de Chile». Ofreció el homenaje el Vice-Presidente de la Sociedad, don Alberto Romero. Contestó el señor Amunátegui en un excelente discurso que fué reproducido en la prensa de Santiago. Hablaron también don Luis Galdames y el señor Cofré Guarda.

Concurso Editorial Ercilla

La Editorial Ercilla ofrece un premio de cinco mil pesos (\$ 5.000) a la obra que resulte premiada en un concurso literario, sobre las siguientes bases:

1.º El tema será una biografía novelada, de personaje chileno, escrita por un autor chileno o indoamericano (incluyendo en ello desde luego a Chile), residente en Chile.

2.º La obra tendrá una extensión no mayor de doscientas cincuenta carillas de tamaño carta, escritas a máquina, a doble espacio. Es obligatorio presentar el original a máquina.

3.º El concurso se cerrará el 28 de febrero de 1937. El jurado dictaminará entre esa fecha y el 11 de abril del mismo año, fecha en que, impostergablemente, se realizará la entrega del premio.

4.º El jurado será compuesto por todos los miembros del Directorio de la Sociedad de Escritores, presidiéndolo el Presidente de ésta.

5.º La Editorial Ercilla adquiere mediante los mencionados cinco mil pesos el derecho de editar, por su cuenta, durante cinco años, la obra premiada. Vencido este plazo, el autor recuperará la propiedad de su obra, pero la Editorial Ercilla tiene derecho preferencial para editar según contrato que celebre con el autor.

6.º La Editorial Ercilla se reserva el derecho de publicar las obras que, sin ser premiadas, merezcan recomendación del jurado, pactando con los autores respectivos y siempre disfrutando de derecho preferencial sobre las mencionadas obras.

NOTA.—Para los efectos de este Concurso se advierte que podrá ser novelada, también, la vida de cualquier personaje que, sin ser chileno, haya tenido en Chile una actuación sobresaliente.



Librería y Editorial Nascimento

Ahumada 125 — Casilla 2298 — Teléfono 83759

- Tratado de Raíces Greco-Latinas.** Prefijos y sufijos, por Roberto Vilches Acuña, profesor de Estado. Obra de gran utilidad y muy especialmente para alumnos y profesores de castellano. Un tomo de 208 páginas..... \$ 10.00
- Chaco,** novela de Luis Toro Ramallo. Esta obra puede llamársele el «Sin novedad en el frente» de la guerra del Chaco. Precio..... 10.00
- El,** novela de Mercedes Pinto. Tercera edición. Este libro de una fuerza que impresiona, se ha agotado dos veces en breve tiempo..... 10.00
- Ella,** novela de la misma autora. La juventud de Mercedes Pinto da también el tema de esta obra..... 7.50
- Curso de Derecho Procesal.** Reglas comunes a todo Procedimiento y del Juicio ordinario, por Fernando Alessandri. (Apuntes de sus clases, revisados por él.) Segunda edición ampliada y puesta al día por A. Vodanovic. 20.00
- Crisóstomo,** por Alejandro Vicuña. La vida en el siglo 5.º, tanto social como religiosa, está magistralmente descrita..... 10.00
Del mismo autor:
- Cicerón**..... 8.00
- Savonarola**..... 10.00
- El señor de Ginebra** (San Francisco de Sales).. 10.00
- Zoé,** la magistral obra de Benjamín Subercaseaux. Presentamos en este libro una obra genial.. 12.00
- Quince poemas directos,** de Benjamín Subercaseaux..... 10.00
- ATENEA N.º 137,** noviembre. Acaba de aparecer este número con colaboraciones de los siguientes autores: Ricardo Tudela, Félix Armando Núñez, Arturo Torres Riosco, Héctor Fuenzalida, Idefonso Pereda Valdés, Francisco Santana, Mariano Latorre, Luis Durand, Ricardo A. Latcham, Arturo Troncoso y Ernesto Montenegro. Precio del N.º.. 3.50
- DOS LIBROS NUEVOS MUY INTERESANTES:**
- Agricultura General,** por Osvaldo Schaerer, ingeniero agrónomo, 264 páginas con centenares de grabados y varios cuadros..... \$ 12.00
- La Poda de Arboles Frutales,** por Juan B. Lagarde..... 5.00

A los intelectuales en general

Escritores - Artistas - Estudiantes

Ofrecemos un variado
surtido de BLOKS para

ORIGINALES
CARTAS
DIBUJOS
CROQUIS

SOBRES, CUADERNOS Y
TODA CLASE DE AR-
TICULOS para ESCRITORIO

Nota importante.—Nuestros productos llevan la marca de garantía “ORION” y se venden en todas las buenas librerías del país.



LÜER, PAYE & Cia.

San Antonio 172 - Casilla 885

IMPORTADORES DE MAQUINARIAS
y MATERIALES para las ARTES GRAFICAS

EDITORIAL CULTURA

Ultimas publicaciones:

- El espejismo de creer**, por M. S. Bramsom.
Un joven autor ruso que enfoca la vida y el amor desde puntos de vista que desconciertan por su audacia..... \$ 7.00
- El primer hijo**. Novela de Luis Durand.
Premiado en el Concurso Literario del Centenario de Chillán, este libro constituye un nuevo triunfo del celebrado autor chileno.. 5.00
- Las Cuevas del Vaticano**, por André Gide.
Este libro revela el vuelo del ingenio y la agudeza de la palabra del autor, tratando con broma limpia y sincera aquellas cosas que más en serio suelen tomarse..... 6.00

Pida estos libros en todas las librerías o en la

LIBRERIA CULTURA

1165 - Huérfanos - 1165 : Casilla 4130 : Santiago de Chile

SECH

Revista de la Sociedad de Escritores de Chile

Publicación bimestral

Precio del ejemplar: \$ 1.00

Suscripción anual. 5.00

Correspondencia y valores a J. Lagos

Lisboa.---Clasificador E-370

Santiago - Chile